

PINOCHO

Semanario infantil que publica los domingos la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. :: Administración, cierre y talleres: San Sebastián. :: Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, calle de Valencia, 28. Apartado 447. :: Suscripción: España, Portugal y América, año 20 pesetas. Otros países, año 30 pesetas. **40 céntimos.**
AÑO I.—NÚMERO 32
27 Septiembre 1925



PINOCHO TIENE UN PROYECTO GENIAL: EN SU CEREBRO HIERVEN LAS IDEAS MIENTRAS EN LA TAZA HIERVE EL CHOCOLATE.....

CONSULTA LIBROTES Y PAPELOTES Y ESTÁ A PUNTO DE VOLVERSE LOCO DE TANTO ESTUDIAR.

TRAZA MAS LINEAS QUE UNA RED TELEFÓNICA Y HACE MAS NÚMEROS QUE INAUDI.

¡YA ESTA! PINOCHO HA DESCUBIERTO LA VERDADERA DIRECCIÓN DE LOS GLOBOS ENGANCHANDO AL AEROSTATO CUATRO AGUILAS PURA SANGRE.

CONCURSO DE COLORIDO



VÉANSE LAS CONDICIONES GENERALES DE LOS CONCURSOS
PUBLICADAS EN OTRO LUGAR DE ESTE NÚMERO

CURiosIDADES

LOS ANIMALES Y LA MEDICINA

De la misma manera que los seres humanos utilizan las medicinas para remediar sus múltiples enfermedades, los animales irracionales también emplean el poder curativo de algunas plantas para curar sus padecimientos.

De esta farmacopea, que podríamos llamar animal, sabe poco el hombre, porque es bastante difícil descubrir sus misterios; pero el conocimiento de las propiedades medicinales de la mayor parte de las plantas usadas hoy en herboristería se debe a la observación del uso que los animales hacían de ellas para curar sus dolencias.

Explicaremos algunos casos muy curiosos:

La serpiente y el lagarto son encarnizados enemigos, y en cuanto se ven se atacan.

Casi siempre suele vencer el lagarto; pero como la serpiente en el transcurso de la lucha pica a su contrincante, éste, cada vez que se siente herido, presintiendo el veneno, abandona la batalla y corre a revolcarse sobre una planta medicinal de fuerte aroma, casi siempre fenical, cuidando, sobre todo, de frotar bien contra ella la herida. Cuando comprende que la picadura ya está bien desinfectada, vuelve en busca de su enemiga y entabla de nuevo la lucha hasta que consigue matarla.

Para vencerla utiliza un ardid muy ingenioso: convencido de su superioridad, después de jugar con ella y exaspe-

rarla, la atrae hacia un agujero que tiene dos orificios, uno de entrada y otro de salida.

La serpiente penetra en el agujero, persiguiéndole; pero él, al salir, se coloca en acecho, y cuando su enemiga asoma la cabeza por el agujero de salida, aprovecha la oportunidad y la mata fácilmente.

Los pájaros, especialmente los grandes cantores, cuidan mucho su voz, y lo mismo que los cantantes humanos, practican varios preceptos encaminados a la conservación de sus facultades.

Uno de ellos consiste en purgarse diariamente, en cuanto se despiertan, comiéndose una araña. Si al cabo de un rato la purga no les ha hecho el efecto deseado, repiten la dosis, es decir, se comen otra. ¡Es una forma de purgarse bastante original!

Las abejas, que durante todo el invierno no salen de la colmena, y que viven en gran cantidad dentro de ella, practican un ejercicio higiénico encaminado a renovar el aire de su habitación: cuando notan que el aire está enrarecido y, por lo tanto, advierten pesadez en la respiración, se extienden en varias hileras e inician un rápido y continuado movimiento de alas, que agita todo el aire de la colmena y hace penetrar aire puro dentro de ella.

• • •



EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA POR E. SALGARÍ

(Continuación.)

Cabeza de Piedra, por su parte, había pasado revista a toda la embarcación, y se frotaba las manos satisfecho.

—Comandante —dijo a Sir William—. He visto también al piloto encerrado en un camarote. Tiene una cara de traidor que dan ganas de darle de cachetes. ¡Hacedlo colgar al punto!

—Corres demasiado, maestro.

—¡Bah..., haced como queráis!... Pero me temo que nos sea funesto.

—Estará bien vigilado.

—Y atentamente... Cuando regrese de la excursión en busca de Ribera, yo vendré aquí, a instalarme a bordo, porque sólo me encuentro a mis anchas entre piezas de artillería, palos de trinquete y de mesana, obenques y jarcias, y olor de brea y de pólvora; y cuando esté yo aquí... lo veremos.

Todos volvieron al castillo.

Como se había convenido, Cabeza de Piedra y Jor, acompañados de seis marineros de la corbeta, cuya tripulación era doble, y de la escolta de mandanos, todos muy bien armados, se dirigieron al campamento indio, desde donde continuaron su marcha hacia el interior para buscar las huellas del desaparecido traficante.

CAPÍTULO XIX

UNA VISITA IMPORTUNA

Transcurrieron tres días sin que al castillo llegara noticia alguna de Cabeza de Piedra y sus compañeros. De los ingleses, tampoco se sabía nada, como tampoco de sus aliados indios, y no hay que decir que se carecía en absoluto de noticias fidedignas en cuanto a los fuertes ocupados por los republicanos en el Canadá, particularmente en cuanto al de Ticonderoga.

Al cuarto día de su permanencia en el castillo, Sir William MacLellan, viendo que el lago seguía helado, resolvió hacer la tentativa de llegar a Ticonderoga a pie, bordeando el Champlain hasta el punto en que surge la roca sobre la cual aún se eleva el fuerte. Ya se habían hecho todos los preparativos del viaje, y el barón se disponía a abrazar a su esposa, hecha un mar de lágrimas, y a sus amables anfitriones, cuando vieron avanzar en la dirección del castillo una patrulla de pieles rojas, guiadas por un hombre, al parecer europeo.

Al distinguir el grupo, el barón de Clairmont lanzó una exclamación de júbilo, gritando:

—¡Es Enrique..., mi hijo mayor, que al fin regresal! Os confieso, ahora que puedo hacerlo, que abrigaba inquietudes serias por su prolongada ausencia, y que más de una vez mi sonrisa tranquilizadora escondía las lágrimas y las ansias crueles de mi corazón de padre. Ya hacía más de un mes que mi hijo había partido hacia el norte con un puñado de algonquinos de toda confianza para entregarse a la caza de pieles. Esperadlo, Sir William, es muy probable que él os pueda dar informes preciosos.

—Así lo quiera el cielo.

Los cazadores llegaron al castillo cargados con el producto de su excursión cinegética, y el primogénito de Clairmont se arrojó en los brazos de los suyos, inclinándose después ante Mary MacLellan y el esposo de ésta, mientras su padre hacía la presentación de sus huéspedes y le ponía al corriente de la causa por la cual éstos habían venido a su casa.

Cuando supo la misión encomendada a Sir William, Enrique de Clairmont contrajo su frente y meneó la cabeza con gravedad.

—Temo, Sir, que vuestra empresa sea en gran parte inútil —dijo después—. De todos modos, podéis diferir vuestro viaje, pues yo os puedo dar noticias indudables acerca de lo que os interesa...; noticias que, por desgracia, no os han de agradar.

—Señor, me aterráis con vuestras palabras.

—La realidad de los hechos es, sin embargo, más grave que éstas.

—¿Qué ha pasado, pues?

—Me sorprende mucho que la verdad, después de tanto tiempo, no haya llegado hasta vos... ¡Ah, ese Burgoyne está de enhorabue-

na, pues ha conseguido tal resultado con su rigor cerrando toda vía a los informadores!

—Explicáos, por caridad; estoy en ascuas.

—¿Habéis estado alguna vez en Ticonderoga, Sir?

—Nunca.

—Pero sabéis que esta fortaleza se encuentra...

—Sí, sobre una elevada roca, rodeada de agua por tres de sus lados, poco propicios a un desembarco, a causa de los peñascos quebrados y poco practicables que los defienden; el cuarto lado, a su vez, está al abrigo de un profundo pantano.

—Así es, en efecto.

—La roca se encuentra en la ribera occidental del canal por donde entran las aguas del Champlain, en el lago Jorge. En la orilla opuesta se levanta un monte fortificado...

—El monte Independencia.

—¡Justamente, que comunica con Ticonderoga por medio de un puente.

«Tres mil hombres, a las órdenes de los generales Saint-Clair y Arnold, estaban encargados de la defensa de estos lugares; otros tres mil, con el general Schuyler al frente, debían alojarse cerca del fuerte Eduardo.»

—Todo ello es exacto.

—Pero ignoro...

—Cuanto ha sucedido de poco tiempo a esta parte, ¿verdad? Os lo diré en pocas palabras.

«Apenas llegado al Canadá, el general Burgoyne comprendió la necesidad de concentrar sus esfuerzos contra Ticonderoga, baluarte principal desde el cual los americanos podían tenerle en continuo jaque. Poco inclinado a perder el tiempo en un asedio en regla, el comandante inglés, al ver que los americanos no habían ocupado, por inadvertencia o por falta de hombres la colina del Azúcar, que domina Ticonderoga, ordenó a sus hombres que emplazaran en ella una batería, con el fin de abrasar la fortaleza americana desde la altura. Los ingleses, a costa de grandes fatigas, consiguieron escalar el monte, arrasar su cima y emplazar en ella seis cañones de grueso calibre, que sin pérdida de momento comenzaron el bombardeo de Ticonderoga... ¿Oh, Sir, que os pasa?... Estáis muy pálido.»

—¡Oh, Dios mío, qué fatalidad! —exclamó el barón, dándose en la frente una palmada—. Una de las cartas que Cabeza de Piedra llevaba consigo para los comandantes de Ticonderoga, la del general Washington, contenía precisamente la perentoria orden de ocupar la colina del Azúcar antes de que los ingleses tomaran la iniciativa. Burgoyne se nos ha adelantado, por desgracia, y ahora comprendo que todo se ha perdido.

—¡Ay!, que así es. Saint-Clair, al ver que la defensa era inútil, embarcó los bagajes y las municiones, decidido a huir durante una noche oscura. Desgraciadamente, el incendio de una casa, provocado por imprudencia, iluminó de repente las tinieblas y permitió a Burgoyne sorprender a los fugitivos, y aceleradamente se dispuso a perseguirlos. Las naves inglesas alcanzaron bien pronto a los barcos americanos, cargados con exceso, y los echaron a pique, o los capturaron; la vanguardia de Burgoyne se puso en contacto con la retaguardia americana y diezmó sus filas, dispersando a los supervivientes. Parte de los regimientos americanos pudieron refugiarse en el fuerte Ana; y Saint-Clair, con el resto de los suyos, se refugió al abrigo del fuerte Eduardo, donde se encontraba Schuyler.

Por suerte, los vencedores vieron detenidos en su marcha por la dificultad de los caminos, que los fugitivos habían cortado en su retirada; y aun hoy, la marcha de los ingleses, con su imprescindible impedimento, tiene que ser lenta por la naturaleza agreste del país con sus landas, bosques, lagunas y barrancos; pero tienen de su parte a los canadienses realistas y muchas tribus indias, lo que forzosamente hace de Burgoyne el dominador del país entero, a tal punto que ningún emisario ha podido llegar hasta el dictador Washington. El general inglés tiene mucho interés en que no lleguen noticias, para atraer así hacia este lado pequeñas columnas de socorro y destruirlas fácilmente.

—Es necesario, pues, prevenir cuanto antes a Washington de la verdadera situación, por desesperada que sea.

—Apruebo vuestro parecer.

—¿Estáis bien seguro de los acontecimientos que me habéis narrado?

—En absoluto. He visto con mis propios ojos a fugitivos de Ticonderoga, y hasta socorrido a algunos, que después se refugiaron en el fuerte Ana.

Sir William meditó breves instantes. Después levantó la cabeza con resuelto ademán.

—Iré yo mismo —afirmó.

—¿Por tierra? —preguntó el barón de Clairmont.

—Forzosamente, ya que el lago y los ríos están impracticables.

—¡Pero vos, Sir, no conocéis el territorio, y a las pocas millas os perderíais en cualquier floresta!

—¡Diablo..., es verdad! Será necesario llevar un guía.

—No es cosa fácil.

El primogénito de Clairmont intervino:

—Os propondré una solución, y espero que la aceptéis, Sir, y que mi padre no se oponga —dijo.

—¿Cuál?

—Ir yo mismo a informar a Washington provisto de una carta vuestra.

—¿Seríais capaz?

—Sin duda, y bien seguro de llegar a mi destino sano y salvo. Conozco perfectamente el camino, y sé a qué atenerme respecto a las estratagemas indias y a la astucia de los franceses para huir a la vigilancia inglesa.

—¡Por Dios, que sois un joven valeroso, y he de hablar con entusiasmo de vos al dictador americano!

—No os precipitéis demasiado, amigo mío —observó grave el señor de Clairmont—. Apruebo el designio de mi hijo Enrique, porque deseo también yo contribuir a la libertad de este generoso pueblo, que con tanta abnegación combate a sus opresores. Pero no se me ocultan los peligros que ha de afrontar y las probabilidades de fracaso que su intento ofrece. Vaya, pues, y que la fortuna le acompañe. Dadle una sencilla carta de presentación que le acredite cerca del general Washington; yo, por viático, le daré mi bendición paternal.

Y el barón de Clairmont puso su diestra sobre la cabeza descubierta de Enrique y lo besó en la frente.

En aquel momento, Sir William se estremeció, y de un salto se abalanzó a la puerta de la habitación en que se encontraban, abriéndola con violencia, y mirando hacia afuera descubrió a un hombre que, con la nariz pegada a los cristales de una ventana, parecía ocupado exclusivamente en la contemplación del lago helado, más allá de la roca.

—¿Qué hacéis ahí, Oxford?

El secretario del marqués, pues él era en efecto, turbóse y se inclinó con prontitud.

—Sir William... esperando vuestras órdenes...

—Estábais escuchando nuestras conversaciones.

—Señor, no merezco la injuria de una sospecha tal.

—Quisiera estar persuadido de ello.

—Ya sé que vos, Sir, no creéis en mi sincera devoción a mis nuevos amigos... Ya he podido verlo.

—Tengo sobrada evidencia de que mi señor hermano, el marqués de Halifax, sabe escoger con demasiada habilidad a sus cómplices...

—Pero esta habilidad se destruye con la torpeza de abandonarlos en trances apurados, con lo que el amigo más devoto se convierte en el más decidido adversario.

El acento de Oxford al decir esto era sincero y firme. El barón Mac-Lellan pareció notar lo y se arrepintió de haberse dejado llevar de sus prevenciones pesimistas.

—¿Me habéis preguntado hace un instante, Sir William, lo que hacia aquí? Pues bien, estaba observando aquella mancha negra que se ve a lo lejos, sobre la superficie del Champlain, cada vez mayor y más cercana; lo que significa que avanza hacia el castillo.

—Una mancha negra...!

—Justamente, Sir.

—Veamos.

El barón se aproximó a la ventana y miró a lo lejos.

—¡Oh! —exclamó al cabo—. Aquella es un comitiva... ¿Quiénes pueden ser? ¿Quizás Cabeza de Piedra, que vuelve?... P. ro, no; mis ojos, avezados a ver en el mar las cosas a gran distancia, no me engañan. Se trata de europeos, probablemente cazadores..., o acaso... ¡Mil diantres!... Advirtamos al barón.

El capitán de *La Tonante* entró apresurado en la estancia donde dejó a los dos Clairmont.

Al quedarse solo, Oxford hizo un gesto de ira y amenaza y murmuró algunas palabras que nadie pudo oír, pero que debían encerrar un grave significado.

Poco después un criado algonquino acudió en busca del barón.

—¿Qué ocurre? —preguntó éste en cuanto estuvo en su presencia.

—¡Hombres blancos que vienen hacia el castillo!

—¿Cuántos son?

—¡Unos veinte!

—¿Náufragos o cazadores?

—Parecen oficiales y soldados ingleses.

—¡Por los cuernos de Satanás...!

Al oír este juramento, el único que el barón se permitía en sus momentos de mayor contrariedad, el algonquino se inclinó e hizo ademán de retirarse.

—¡Esperad!... —gritó su patrón—. ¿Dónde vas tan apresurado?

—¡A recibir a tiros a los ingleses!

—¿Estás loco?

—No; pero sé que mi buen patrón dice: «¡Por los cuernos de Satanás!» cuando se debe dar batalla a un enemigo importuno.

—Bueno, pues tú, mi valiente algonquino, no harás nada de eso, sino que irás a ver qué quieren los desconocidos y vendrás a informarme al punto. ¿Has comprendido?

El piel roja se inclinó profundamente y salió.

—¿Qué hay? —preguntaron a un tiempo Enrique y Sir William.

—Son ingleses —respondió el barón—. Pronto sabremos lo que quieren.

—¡Hum!...

—Seguramente no pensarán apoderarse de mi castillo siendo tan pocos.

El corsario estaba visiblemente preocupado. Recorría la estancia a grandes pasos, con las manos a la espalda y retorciendo los dedos, al mismo tiempo que de cuando en cuando juraba:

—¡Por San Patrick!...

Transcurrieron algunos minutos. De improviso, reapareció el algonquino con una bandeja en la mano, y en aquella un trozo de papel rectangular.

—¿Qué es, por fin?

—¡Uh!... —respondió el indio inclinándose y ofreciendo la bandeja.

—Una tarjeta de visita; veamos.

El señor de Clairmont cogió el billete y lo miró por encima. Una viva exclamación de sorpresa le salió sin querer. Después miró fijamente a Mac-Lellan, que se había detenido.

—Sir William... —dijo.

—¿Señor barón?

—Los ingleses, oficiales y soldados, piden hospitalidad.

—¡Ah!

—Pero no es eso lo que me asombra.

—¿Qué, pues?

—Una extraña coincidencia, tal vez fatal...

—No os comprendo, señor barón...

—¿Sabéis quien manda a esos hombres?

—En verdad, no sé cómo podría conocerlo...

—Leed.

Y Clairmont tendió la tarjeta al corsario de *La Tonante*. Este leyó y dejó escapar un sordo rugido. La tarjeta decía así:

«El marqués de Halifax solicita del propietario de este castillo, en nombre de S. M. el Rey de Inglaterra, soberano y poseedor de este territorio, hospitalidad para sí y para los hombres, oficiales y soldados del ejército inglés, que lo acompañan.»

—¡Mi hermano..., mi peor enemigo aquí, bajo el mismo techo que nos cubija, a mí y mi querida Mary...! —dijo Mac-Lellan presa de la más viva agitación—. ¿Entonces es que el Destino lo quiere?...

—Quizás —respondió como un eco el barón, a quien Sir William había puesto al corriente de las razones de aquel odio existente entre él y el marqués de Halifax.

—¿Qué pensáis hacer? —preguntó el corsario, dominándose.

—Recibir a esos señores.

Es justo; vos no podríais rechazarlos sin incurrir en un acto de abierta hostilidad contra Inglaterra...; un acto que, a más de perjudicial, sería inútil en estos momentos.

—Celebro que aprobéis mi conducta.

—Pero, ¿y nosotros?... Pensad lo que acelerará apenas el marqués se dé cuenta de mi presencia aquí, en compañía de Mary Wentworth, mi esposa, a quien él amó y a quien acaso ama todavía. El nos conoce a todos, a Petifoque, a los dos hessianos y... a Oxford, su secretario, en quien no me atrevo aún a confiar...

—Cierto, cierto...

—Urge un remedio pronto.

—Sí.

—Abandonaremos el castillo en secreto y nos refugiaremos en la corbeta.

—Y allí os descubrirían en seguida... Valdrá más otra cosa... Esperad ya encontré el medio. ¿Tenéis confianza en mí?

—Completa.

—En'onces, escuchadme, Sir.

—Soy todo oídos.

El barón se aproximó a Sir William y a Enrique, de modo que solamente los dos pudieran oír sus palabras, y durante algunos minutos habló rápida y concisamente. De cuando en cuando, sus interlocutores hacían signos de aprobación u observaciones.

—¿De acuerdo entonces? —preguntó al fin el señor de Clairmont.

—Perfectamente.

—Pues seguid a mi hijo Enrique y reunid al momento a vuestros amigos, mientras recibo a los nuevos huéspedes...

—Que el cielo os envía.

—O más bien el infierno. Pero me consuela al menos la idea de burlarme un poco de esos señores.

—¡Por San Patrick, barón, que he de ayudaros lo mejor que pueda!

—Cuento con ello. ¡Adiós, Sir William!

—Vuestro servidor, mi noble amigo.

Se separaron.

Enrique de Clairmont, atravesando un largo corredor, condujo al corsario a una estancia deshabitada del castillo, provista de tres puertas, una de las cuales daba a una escalera secreta.

—Esperadme aquí, Sir —le dijo—. Volveré al punto con *milady*, vuestra esposa y con vuestros amigos.

—¡Id pronto, mi joven amigo.

Enrique alejóse, para volver al cabo de un cuarto de hora conduciendo de su mano a Mary Wentworth, y seguido por Petifoque, Ulric, Wolf y Oxford.

—Henos aquí, Sir William —dijo el valiente joven—. Ya están los ingleses en el castillo. Mi padre los ha reunido a todos en el comedor de abajo, y puesto a su disposición víveres y licores. Ahora, a realizar nuestro plan si nos da tiempo.

El corsario de *La Tonante* dirigió una mirada dominadora al gaviero, a los dos hessianos y al secretario de su hermano.

(Continuará en el número próximo.)

PiNoCHo DEPORTISTA

DIVULGACIÓN DEPORTIVA

El lawn-tennis, deporte aristocrático.



El «tennis» es un deporte que se acomoda a toda clase de deportistas, y en todo caso constituye un ejercicio vigoroso que fortalece nuestra naturaleza. Es blando, si frente a un buen jugador se coloca un niño o una mujer; duro, durísimo, si en lugar de ellos se coloca un «tennismán» enérgico y de extraordinarias facultades. Todo depende, pues, en este deporte, para que sea duro o flojo, de la calidad del contrario que se nos enfrente.

El terreno puede ser cualquiera, con tal de que sea nivelado y se cuente con un espacio suficiente para establecer la cancha con arreglo a las medidas reglamentarias.

La pista o cancha puede ser de hierba, como indica la palabra inglesa *lawn*; en cuyo caso, es preciso cortarla y apisonarla bien; o bien, en tierra o asfalto o cemento. Lo indispensable es que el terreno de juego no tenga sinuosidades para que el bote de la pelota sea lo más perfecto posible.

La raqueta debe ser de cuerdas bien templadas, y su peso no debe pasar de 350 gramos para niños hasta de trece años.

La partida puede ser «simple», cuando a cada lado de la red sólo hay un jugador, y «doble», cuando hay dos.

La red que divide el terreno de juego en dos mitades debe estar colocada de forma que su altura no exceda de 91 centímetros.

La suerte establece el derecho de saque y elección de campo, siendo éstos contrarios. Esto es, que si a un jugador o pareja le tocase en suerte elegir campo, el otro tendrá derecho a sacar.

El juego es bien sencillo: consiste en lanzar la pelota al campo del contrario, de forma que bote dentro de él y no pueda devolverla aquél.

Si la pelota no botase dentro del campo contrario, se perderá un tanto. Si el contrario no la devolviese en forma, se ganará un tanto.

El primer tanto ganado se llama 15; el segundo, 30; el tercero, 40, y el cuarto, «juego» o «sets». Si ambos adversarios empatasen en el

tercer tanto (40), al siguiente se le llama de desempate; y si el mismo jugador lograra vencer en el siguiente tanto, quedaría vencedor de este juego.

Una partida normal consta de seis juegos.

Toda la destreza del «tennismán» estriba en saber agarrar bien la raqueta y saberse colocar.

Para el golpe de saque y el llamado directo (ambos con la mano derecha), la raqueta debe agarrarse de forma que el mango sobresalga de la mano algo más de un cm. del dedo meñique.

Para el golpe de revés, esto es, cuando es necesario devolver una pelota que viene por el lado izquierdo y no da tiempo a cambiar de mano la raqueta, el dedo pulgar debe estar en dirección del largo de la raqueta. Lo esencial es que la línea del largo de la raqueta forme un ángulo recto con la dirección de la pelota.

Claro es, que en «los dobles» es necesario seguir una táctica muy diferente, según se juegue de delantero o zaguero.

Es preferible los defectos de exceso de impulso (out) a los de defecto (let).

Los efectos que se le da a la pelota, para que ésta no siga una trayectoria directa, hacen del jugador que sepa darlos un buen raquetista. No es teóricamente muy difícil explicar la forma o modo de conseguirlos; basta sólo imprimir a la raqueta, en el momento de golpear, un movimiento de derecha a izquierda, o viceversa. Las cuerdas al rozar a la pelota la dan un movimiento giratorio, que no es otra cosa que el efecto.

En toda clase de golpes es preferible que la raqueta vaya al encuentro de la pelota, a esperar a que ésta vaya a dar en aquélla.

No vamos a señalar la importancia que en España y en el mundo entero tiene el deporte del «tennis», pues esto es harto conocido por todos. Baste decir que son infinitos de campos y Clubs los establecidos para la práctica de este «sport» en nuestra patria.

Anualmente se verifica un torneo de trascendencia mundial, cual es la Copa Davis, en el cual, nuestros compatriotas los hermanos Alonso, Conde de Gomar, y Flaquer, han desempeñado lucidos papeles.

El inventor del «tennis» es el mayor Wiugfield, y el origen de este deporte data de 1874.

Dux.

TETUAN (África).

«Deportivo F. C.», 3; y «Ceuta F. C.» 1.

Con un fuerte viento de Levante eligen campo los de «Ceuta», con viento a favor, alineándose del siguiente modo:



El campeonato de Childrens.

Los campeones infantiles de TENNIS Miss Betti Van-der-Bergh y Master Patrick Bradley, que llamaron poderosamente la atención en estos campeonatos para su singular destreza.

Foto MARIN.



Félix Pérez
visto por

JACINTO.

ante la portería de Gil, y un inopinado «chut» corto por alto de Esteban cae en las manos del portero, escapándosele el balón e introduciéndolo en la red, marcándose el primer tanto para los de «Ceuta».

Acometen de nuevo los de «Ceuta» y llegan reiteradamente a la portería de Gil, que Prado interrumpe con su destreza un «goal» maravilloso haciendo «córner»; lo tira Roda lento, recoge el balón un centro, «chuta» y va fuera.

Sigue el partido: el «Deportivo» se anima y otra «melée» se forma en la portería de Gil, cayendo éste al suelo, aprisionando el balón enérgicamente, pues los negros le atacaban para arrebatárselo; se le escapaba el balón de las manos, y rápido como el rayo se interpone Eduardo, librando de un «chut» aquella situación apurada.

Coge el balón López, que ansiaba llegar él solo a la portería, y a fuerza de pases lo consigue; «chuta», y el portero hace una artística y estupenda parada, que rápido saca el balón de aquel trance.

A las tres termina el primer tiempo, marcándose «Ceuta» el primer tanto.

Comienza el segundo tiempo a las tres y diez.

Sacan los blanquiazules, que acometen nuevamente, poniendo en riesgo la portería de los negros; pero un arranque impetuoso de los mismos, y con viento en contra, da lugar a que Gil se coloque en su sitio; pero Prado, de una fuerte patada, evita que el portero se moleste y manda el balón a gran distancia, que lo recoge Nicolás, pasando a Andrade, y tras una lucha enconada toca el «referee» un «penalty» para los negros.

Macías se prepara para «chutar»; quedamos obertos un instante esperando a que Macías disparara; toca el «referee» y ¡zas!, «goal», consiguiendo el empate.

Sacan los de «Ceuta», se animan y van en busca del triunfo, que no logran por llevar viento en contra; avanzan los blanquiazules y acometen con actividad. La portería de Alarcón se forma un «melée», surge de entre ellos Prado, y de una corta patada lo introduce en la red, y otro «goal» para el «Deportivo».

Se alinean nuevamente y sacan el balón los de «Ceuta», algo desanimados y con alguna resistencia «chutan»; el balón va fuera; aquello se aburría poco a poco, la mayor parte de las veces lo echaban fuera, iban de un lado a otro sin conseguir ninguno de los dos bandos su intento; pero un esfuerzo de los del «Deportivo» logra una bonita jugada que recoge Estremera, da un paso corto el defensa y logra el tercer tanto para el equipo.

Sigue el partido: los de «Ceuta», ya desanimados, no consiguen nada, y a los cinco minutos termina el partido por 3-1.

El «referee» estuvo regular.

Prado marca a poco otro «goal», para el «Deportivo».

A los pocos minutos Estremera logra el tercer tanto.

LAUREANO ECHEVARRÍA.

Tetuán-Septiembre.

□ □

GIJÓN

El pasado domingo se jugó en el campo de la Calzada un partido amistoso. Los equipos componentes eran: «Club Calzada» y «Natahoyo F. C.»

El partido resultó vistoso, pues el ánimo entre los equipos era mucho.

Salió vencedor el primero por la gran diferencia de 5 «goals» a 1. Por el «Calzada» se distinguieron los hermanos Quirós.

JOSÉ MENÉNDEZ.

□ □

MÁLAGA

El día 30 del pasado tuvo lugar en el campo del «Málaga» un partido entre este equipo y el «Victoria Eugenia».

En este partido no desmintió la fama que tienen los dos equipos contendientes, pues si el «Málaga» nos deleitó con sus brillantes jugadas, el «Victoria» presentó un juego interesantísimo, del que la técnica no estuvo ausente.

La victoria fué para los del «Málaga», que hicieron 5 «goals» a los victorianos, y éstos solamente uno de «penalty».

Se distinguieron Huelín y Pedros, del «Málaga», y Pino, Nicolás y, Viñolo, por el «Victoria». Los demás, muy bien.

MELENITAS.

□ □

VINUESA

Se ha celebrado un partido en Derroñadas entre los infantiles del «Soria F. C.» y una Selección, también infantil, de los pueblos de esta provincia El Royo, Derroñadas, Vinuesa y Tera.

De Vinuesa jugaron cinco: Aparicio, García, Elías, Muñoz, Foxá. De Tera, dos: Fernando y José González-Castejón. Y los restantes, de Derroñadas y El Royo.

A las cuatro y media comienza el partido. Elige campo la Selección infantil y saca el «Soria».

Comienza el partido muy aburrido, pues se tiran varios «fauls» y casi todos los «shoots» van fuera; pero luego el juego se anima y los del «Soria» avanzan muy unidos, dando lugar a que los medios defensas y portero de la Selección actúen brillantemente. Muñoz y González-Castejón (F.) despojan muy bien y Gandara para con estilo. Se tira un «free-kik» contra el «Soria», que Brieva bloca hábilmente. Foxá y los demás medios de la Selección cortan mucho juego, pero los delanteros trabajan con poco entusiasmo.

Por fin termina el primer tiempo con un empate a 0.

Comienza el segundo tiempo con dominio alternativo.

A los quince minutos de juego hace una bonita arrancada el «Soria». Centra Pacheco, recogiendo el centro y el interior izquierda, que hace «goal».

Los de la Selección atacan con brío, consiguiendo hacer varias arrancadas preciosas.

El «Soria» sigue jugando muy bien; pero sus jugadores, constantemente marcados por los medios contrarios, no consiguen meter más «goals», terminando el partido por 1 a 0 a favor del «Soria».

Se distinguieron por el «Soria» Pacheco, Cabrerizo y, en general, todo el equipo.

De la Selección, los González-Castejón (F. y J.), Muñoz, Gándara Foxá y Elías.

CHOROTO.

□ □

CARTAGENA

Un buen golpe,
por

JOSÉ HERANS.

Se celebró un partido amistoso, a las cinco y media, en el campo de Alfonso XIII, entre los equipos «Arenas F. C.» y una selección del «Santa Lucía F. C.» y del «C. D. Lisbert».

El partido fué de mucho interés y muy reñido, ganando el «Arenas» por 5 tantos a 1.

□ □

De Tiro.

En el reciente concurso de Tiro de San Sebastián ha resultado campeón de velocidad el tirador cartagenero D. José Sacera, gran tirador de pistola y tiro de Pichón.

CARLOS CAMPOS.

Nuestros equipos.

En Hero se ha formado un equipo con el nombre de «Pinocho Infantil». Lo componen:

Capitán, Siro Estefanía.

Portero, José M.^a Verde.

Defensas: Tito

Estefanía y Norberto Gutiérrez.

Medios: Antonio

Risueño, Enrique

García y José Cancio.

Delanteros: Mi-

guel Fernández, Vi-

cente Nándares,

Siro Estefanía, Ra-

món Ugalde y Car-

litos Pisón.

En Madrid se han

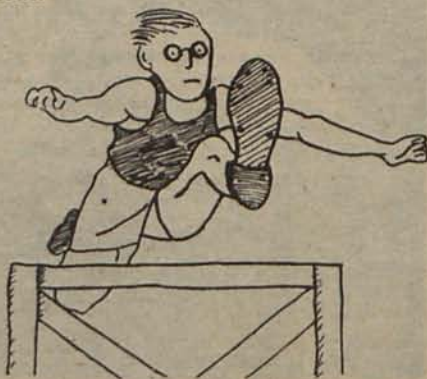
inscripto en nuestro

Torneo dos equipos

más. El plazo de

inscripción expira-

rá pronto.



Salto de valla,
por

JULIO JACINTO.

UN PEDACITO DE LENGUA



Llamaremos Paquillo al turco de nuestro cuento para evitar dificultades al lector.

Paquillo era un vago de siete suelas, y todo su trabajo se reducía a tocar la guitarra por las calles de su pueblo.

El oficio no era para ganar mucho, lo que desesperaba a su padre, que ya era viejo. Rara vez pasaba un día sin que le dijese:

—Hijo, ya ves que tu madre y yo somos viejos. Pronto nos será imposible trabajar para vivir. ¿Por qué no te dedicas a algo útil?

Paquillo no se conmovía; continuaba sin trabajar. Así transcurrieron un par de años; pero llegó el día en que se murieron sus padres y se vió al frente de la casa con tres hermanitas pequeñas.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer ahora? Durante unos días estuvo trabajando de peón en algunas obras, pero aquello no podía seguir así. Además, la casa estaba sucia y no tenía en ella con quién hablar. Entonces Paquillo pensó en casarse.

Cogió su antigua guitarra, y sin encomendarse a Dios ni al diablo, se puso a tocar debajo de la ventana de una de las chiquillas que vivían en el pueblo. (Supongamos que se llama Felisa, ya que no es agradable pronunciar nombres turcos.)

La serenata no hizo efecto. Las ventanas de Felisa permanecieron inmovibles. Pero Paquillo no abandonó la empresa. Volvió



al otro día, e insistió un tercero. Comenzaba a intranquilizarle tanto silencio. «¿Por qué no sale y me despide si la molesto?»

—pensaba—. Al cuarto día no se limitó a tocar, sino que, con voz lastimera y bien entonada, lanzó al aire una copla sentimental.

El efecto de la copla fué fulminante. Sonaron las fallebas y se abrió la ventana. Paquillo sintió una gran alegría; pero Felisa le dijo:

—¿Qué te pasa, Paco, estás loco? ¡No comprendo lo que haces! ¿Qué buscas aquí? Estás perdiendo el tiempo.

A Paquillo se le cayó el alma a los pies, como suele decirse. Una sombra de pena le oscureció la cara.

Felisa, viéndole tan impresionado, añadió:

—¿Es que has pensado casarte conmigo?

—Sí.

—Pues eres un loco. ¡No tienes un pedazo de pan que llevarte a la boca y quieres que seamos dos a comerlo! No es por orgullo por lo que mantuve cerradas las ventanas. Tú sabes que yo soy pobre también, porque mis padres lo son, y como los amo y los respeto, no me casaré sino con quien pueda asegurarnos una vejez dichosa.

Paquillo se quedó un momento reflexionando:

—¿Qué te parece que haga?

—Pon una tienda. Hazte comerciante. Basta con que puedas alimentar a tus hermanitas y a mis padres.

—Bien está, Felisa. Quédate con Dios. Ahora mismo voy a dar los primeros pasos; si de aquí a mañana obtengo algún resultado, nos volveremos a ver.

Diciendo esto, se alejó lleno de esperanza.

Durante el resto del día y parte de la noche no dejó de pensar:

—Si pudiese reunir dinero de algún modo, ¿quién habría en el mundo más dichoso que yo? En cambio, si no lo consigo, ¿quién será más desdichado?

A la mañana siguiente se despertó sonriente y animoso. Se le había aparecido en sueños un judío muy rico, al cual le unía firme y antigua amistad.

—Si él no me presta el dinero, no sé quién me lo va a prestar.

Con gran ilusión se fué en busca de Levi (así se llamaba el judío). Le halló en su casa, le expuso sus pretensiones, y Levi se mostró complaciente.

—Bueno, te prestaré treinta saquitos de oro.

—¿No sabes la dicha que me proporcionas, amigo Levi! ¡Te lo agradeceré toda la vida!

A lo que Levi le replicó:

—Pero, oye, ¿cuánto tiempo tardarás en devolvérmelos?

—Siete años —contestó Paquillo después de pensarlo un buen rato.

—Y si pasan los siete años y no me pagas, ¿qué hacemos?

Quedáronse ambos silenciosos y pensativos. De aquellas reflexiones surgió una idea sumamente extraña, que redactaron en forma de contrato y fué registrada por el Cadí en la siguiente forma:

«Si Paco, después de siete años, a partir de la fecha, no devuelve a Levi los treinta saquitos de oro que le han sido prestados por éste, Levi tiene derecho a cortarle un trozo de lengua, del tamaño de una moneda de cinco céntimos, delante del tribunal.»

Cuando Paquillo se vió dueño de aquella fortuna se consideró el hombre más feliz de la tierra. Desde aquel momento no pensó más que en las comidas que iba a dar, en los estupendos vestidos que compraría y en otras cosas por el estilo. Es decir, no pensó más que en el modo de gastarlo, no en el de sacarle provecho.

Celebráronse las bodas al cabo de un mes, y Felisa pasó a casa de Paquillo, una casa nuevecita, con jardín, patio, fuentes, macetas, pocas ventanas y una puerta minúscula, para entrar por la cual había que agacharse un poco.

Las fiestas fueron sonadas. Duraron ocho días consecutivos.

Después de todo aquello, Paquillo miró sus bolsas y dijo:

—¡Bah! Todavía me quedan quince; con éstas me basta para emprender el negocio. Mañana mismo comienzo a comprar géneros.

En efecto: compró azúcar, tabaco, piñas y sal. Con estas cosas nada más abrió el comercio y fué viviendo sin preocuparse de agrandarlo durante cuatro años. Las atenciones que ponía en el negocio eran poquitas. No había nacido comerciante. Durante estos cuatro años disfrutó de una vida cómoda y feliz; jamás apareció fruncida su frente por las preocupaciones.

Pero llegó el quinto año y su semblante fué tomando un aspecto distinto, a veces triste. Todos lo notaron: su mujer y sus amigos. A partir de entonces, la preocupación fué en aumento, y al llegar el séptimo año le vieron aplanado por completo, llorando en el jardín en los parajes solitarios.

Si alguien le preguntaba el motivo de su aflicción, respondía:

—¡Dejadme! Nadie podrá socorrerme ni ayudarme. ¡Dejadme solo!

Vamos a dejarle solo, puesto que lo quiere, y atendamos un poco



a Felisa. Esta supo desde el primer día los pasos dados por Paquillo para lograr el dinero y la existencia del terrible contrato. Lo supo por el mismo judío. Otra hubiera rehusado el casamiento en aquellas condiciones, ante el peligro de tener por marido a un *deslenguado*; pero ella era una muchacha de mucho talento y tenía fe en sí misma.

Viendo, pues, a su esposo tan apenado, y ya tan próxima la fecha en que se cumplía el contrato, se dijo: «Esto hay que arreglarlo».

Pocos días antes de cumplir el plazo fatal se fué llorando ante el Cadi, y le dijo:

—Cadi, la fama de tu bondad es tan grande, que no he dudado un solo instante en acudir a ti; aquí me tienes implorando un favor: permíteme que el viernes próximo ocupe durante una hora tu sitio en el tribunal.

—¡Eso es imposible! —protestó el Cadi, indignado.

Pero tantas y tantas fueron las súplicas de Felisa, que al fin, conmovido, accedió.

Felisa se volvió contentísima a su casa.

No tardó en llegar el día señalado para el juicio, es decir, para la devolución del dinero o el desquite de Levi. Paquillo no tenía un céntimo, ya lo sabemos; de modo que difícilmente podía devolver los treinta saquitos llenos de oro. No quedaba, pues, más que cumplir la segunda parte del contrato: Levi le cortaría un trozo de lengua del tamaño de una moneda de cinco céntimos.

Felisa se levantó aquel día muy temprano; despachó los quehaceres indispensables y salió en busca del Cadi. Este le proporcionó sus vestiduras y le puso el turbante con sus propias manos. Quedó perfectamente disfrazada.

Llegó la hora de formar el tribunal. Felisa se sentó en la presidencia, mientras el verdadero juez se quedó en la habitación vecina fumando y escuchando. Penetraron en la sala Paquillo y Levi; el primero, enjugándose los ojos. Hicieron las reverencias de ritual y esperaron en silencio las palabras del juez:

—¿Qué queréis de mí? —preguntó el falso Cadi.

—Venimos a que decidais nuestro caso, oh noble defensor de los derechos! —dijo el judío.

—¿De qué se trata?

El judío entonces narró punto por punto todo lo referente al préstamo de treinta bolsas de oro, y enseñó el contrato firmado, mediante el cual, si pasados siete años Paquillo no le devolvía la cantidad prestada, Levi tenía derecho a cortarle un trozo de lengua del tamaño de una moneda de cinco céntimos.

—¿Es verdad eso? —preguntó el Cadi a Paquillo.

—Absolutamente cierto —contestó Paquillo gimoteando.

El Cadi alargó la mano, cogió un librote y empezó a correr hojas. Se detuvo por fin en una, y permaneció callado y pensativo. Después de un rato, habló así:

—Realmente, no cabe duda. Eso es lo que mandan los libros. ¿Has traído navaja, cuchilla o algo con qué llevar a cabo la operación? —le preguntó al judío.

—Aquí está —exclamó triunfante el interrogado.

—Pues adelante. No tardes, que tengo mucho que hacer. No te advierto más que una cosa: ten cuidado de no salirte de la medida justa; pues si el trozo de lengua cortado resulta mayor o menor que una moneda de cinco céntimos, la pena caerá sobre ti.

El judío reflexionó un momento, y le replicó:

—¿Por qué, señor, por qué? Lo justo sería que si le corto un pedazo mayor quede en la obligación de indemnizarme con oro; y si el trozo es menor, séame permitido un rasgo de desprendimiento no solicitando nada por ello.

—¿Qué dices? ¿Cómo te atreves a dar tu parecer sobre lo que no entiendes? ¿Vas a legislar tú? ¿Pretendes sustituirme en el cargo o corregirme la plana? ¡Guárdate de lo que hablas y pon manos a la obra! ¡Pronto, pronto!

No podéis figuraros la confusión y el azoramiento del judío en aquellos instantes. La navaja barbera que tenía en la mano estuvo a punto de caérsele, de tanto como temblaba.

—Perdón, señor; yo no me atreveré nunca a penetrar en los dominios sagrados. La sabiduría de los libros es indiscutible, y tú sigues al pie de la letra sus prescripciones. Aquí no ha pasado nada. Yo le dejo las treinta bolsas de oro, y, además, le dejo el pedacito de lengua que me correspondía. Y tan amigos como antes. Después de todo, ¿qué iba yo a salir ganando con martirizar a mi amigo Paquillo?

Entonces, la escena tomó un cariz más grave. El Cadi se puso en pie, y con voz terrible gritó a los guardianes:

—¡Que venga inmediatamente el verdugo! ¡Que venga inmediatamente! Voy a enseñarle a éste cómo hay que obedecer a un tribunal. ¡Córtale la lengua, o el verdugo dará cuenta de ti!

Presentóse el verdugo, que era flaco y negro, de ojos feroces y traicioneros.

El judío se echó al suelo lloriqueando; besó las ropas del juez y rogó y suplicó de todas maneras. Pero el juez permaneció inmovible. Con la mano en alto, gritó de nuevo:

—¡O le cortas la lengua o entregas tu cuello al verdugo!

El judío, en medio de sus aspavientos y lágrimas, reflexionaba pícaro: «Yo tengo que salvar la vida. Esto es lo único importante. Trataré de ganar el pleito con dinero.» Entonces exclamó:

—¡Ilustre señor! ¡Te ofrezco treinta bolsas de oro! ¡Las otras treinta se las perdono a mi deudor! ¡Ten misericordia conmigo! Perdóname; ya sé que he pecado; pero no me ordenes cortar la lengua a nadie, y mucho menos a mi buen amigo Paco.

El Cadi, sin mirarle siquiera, ordenó al verdugo:

—¡Córtale la cabeza!

El verdugo dió un paso y trató de agarrar al judío, que se arrastraba a los pies del juez gritando:

—¡Piedad, señor, piedad!

En aquel momento, viendo Paquillo que la cosa se agravaba, sintió compasión hacia el judío, e intervino solicitando piedad. Esto era lo que estaba esperando el falso Cadi.

Al oírle, dijo:

—Por Paquillo, por su demanda piadosa, le perdono. De no haber intervenido él, ya sabría este judío lo que es la integridad de un juez turco. De todas maneras, se ha llevado una buena lección.

El judío entregó las otras treinta bolsas de oro al Cadi, y éste le ordenó que diese un abrazo a Paquillo, al cual debía la vida.

—Para que de todo esto quede memoria y no pueda volverse sobre el asunto —añadió el juez—, voy a escribirlo en mi gran libro.

Y así terminó la escena, después de haber besado las babuchas del juez y de haberle expresado ambos litigantes el agradecimiento más profundo por la sentencia justiciera y por su bondad paternal.

Salieron Paco y Levi. Cerróse la puerta detrás de ellos y se abrió la que ocultaba al juez real y verdadero.

Su risa, franca y sonora, contenida durante tanto tiempo, retumbó en la sala.

—No hay libro alguno, señora, que encierre vuestra sabiduría. Si fueseis hombre, los turcos no hallarían un juez más apto, por su inteligencia y su espíritu

justiciero.

Felisa contestó, sonriendo a las alabanzas.

Agradeció una vez más al Cadi el haberle permitido ocupar su puesto y, finalmente, le ofreció la mitad del dinero entregado por el judío.

Pero el Cadi lo rehusó y, en recompensa por lo bien que había desempeñado su papel, añadió una bolsa más.

Felisa se marchó del Palacio de Justicia y fué en busca de su Paquillo.

Le esperó tras la reja, y cuando apareció, le dijo, fingiendo mucha tristeza:

—¿Qué, pobre Paquillo, vienes sin lengua?

Paquillo rompió a hablar como un descosido.

—¡Nada de eso! ¡Hablo mejor que antes!

—¿Pues qué ha pasado?

—Sólo Dios y el Cadi pueden saberlo; por cierto que era un Cadi muy amable.

—¿Más amable que yo? —dijo Felisa, fingiendo la voz del falso Cadi, al tiempo que le mostraba las bolsas de oro.

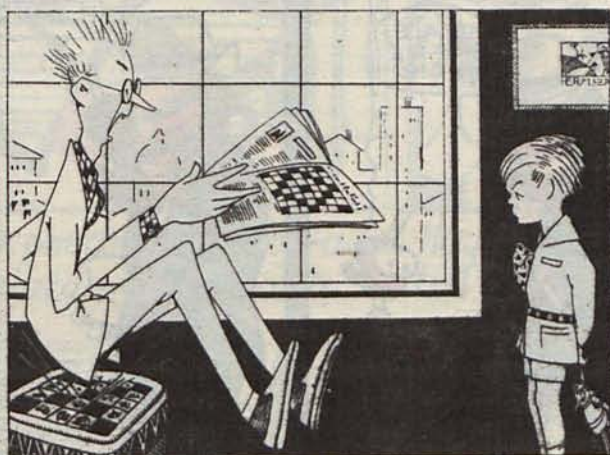
Paquillo se quedó como el que ve visiones.

Luego Felisa se lo explicó todo; con lo que Paquillo comprendió el talento que tenía su mujer, y desde aquel día siguió sus consejos al pie de la letra. Trabajó mucho el resto de su vida y se hizo rico.

En cuanto al judío, bien escarmentado quedó, y en lo sucesivo, cuando cerraba algún trato por préstamo de dinero, tenía buen cuidado de hacerlo con la más estricta justicia.



B U E N O S Y M A L O S

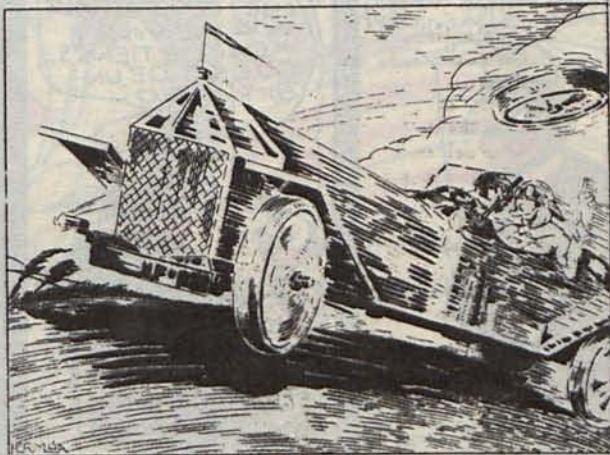


—¡Qué, Juanito! ¿Te has cansado de jugar con tu motor de vapor?

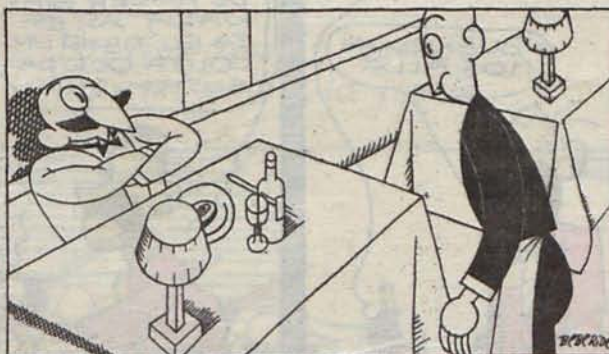
—No; no me he cansado, es que hace mucho calor allí.

—¡Qué raro! Pues es el cuarto más fresco de la casa.

—Sí; pero se ha incendiado el motor y está ardiendo todo.

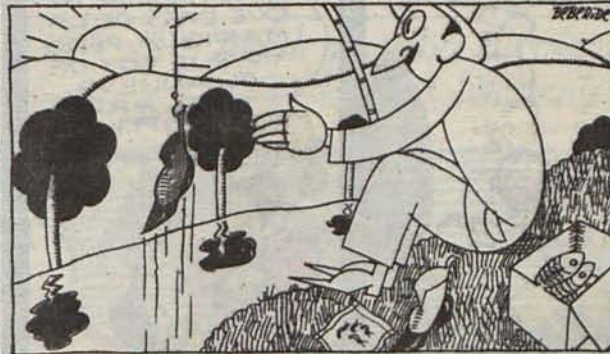


—Oiga, «chauffeur», ¿necesitamos eso que se nos ha caído?



—Yo he pedido ternera con guisantes. ¿Dónde están los guisantes?

—Se los habrá comido la ternera.



¡Hombre, qué lástima! Para una vez que pesco un par de botas, las dos son del mismo pie.



—¡Oiga, Marial Ya me estoy cansando de oírle romper platos.

—Bueno, señorita, no se enfade usted; desde hoy los romperé sin ruido.



—¿Pero cómo es posible que habiendo bajado todo de precio los cangrejos estén más caros que antes?

—Es que estos animalitos andan siempre al revés.



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ALFUYAS DE MACACO Y PITORRO



Van pensando una charada
Macaco y su camarada



Hay por aquellos caminos
tres feroces beduinos



Los tres moros, con encono
intentan cazar al mono.



Los dos amigos, huyendo
llegaron junto a la fuente

Donde pasaba durmiendo
la siesta, Doña Serpiente.



Los feroces bandoleros
van en su persecucion.

Pero Macaco, ligero
encuentra la salvacion



Vencidos los beduinos
por aquel terrible chorro

Huyen los tres asesinos
mientras se rie Pitorro

EL BARON DE LA CASTAÑA

NUEVAS AVENTURAS

LAS RATAS

Una vez, en Tonky, puerto del golfo del Tonkin, nos sorprendió a mi dulce esposa Adelaida y a mí una verdadera plaga de ratas.

Sabido es que a este puerto arriban infinidad de vapores procedentes de todas partes del mundo, y con las mercancías son transportadas a tierra ratas de todos los países, que viajan en el fondo de las calas.

Cuando Adelaida y yo llegamos a aquella ciudad, encontramos a las gentes de allí consternadas por la invasión de aquellos bichos, que les hacían la vida imposible, ya que, como allí las mujeres son muy miedosas, se pasaban la vida subidas en las sillas dando gritos, en lugar de coser, barrer o cocinar, y todo por el miedo a dichos animalitos.

—Barón, necesitamos que usted nos libre de esta plaga —me dijo el alcalde.

—¿Por qué no les echan unos gatos? —pregunté yo.

—Ya lo hicimos —contestaron—; pero los gatos desaparecieron y las ratas se pusieron más gordas.

—¿Y las ratoneras?

—Se rien de ellas.

Además, algunas sacan el queso desde fuera con una horquilla, y no cae ni una dentro.

—Bueno; ya pensaré un truco —les dije para tranquilizarlos—. Y con Adelaida me dediqué a enterarme de la cantidad de ratas que había en Tonky y a saber cómo estaban organizadas.

Para llegar a ese fin nos introducimos Adelaida y yo por las alcantarillas de la ciudad. Aquello era su centro de vida; allí tenían sus guaridas, sus almacenes, sus familias, y a la superficie y a las casas sólo subían en plan de operaciones.

Por ciertas observaciones deduje que las ratas estaban agrupadas por nacionalidades, y cada gran grupo vivía en un sector de la red de alcantarillado. Era curioso pasear por debajo de la villa sabiendo esta particularidad. A lo mejor oía uno un banquete de ratas, y era que atravesábamos el sector francés, o bien oíamos tocar la guitarra, y era que atravesábamos el sector español.

A veces, al pasar junto a las alemanas, oíamos himnos graves y sentimentales; y cuando se trataba de ratas inglesas veíamos que una mitad de éstas se dedicaba a comerse el trigo de los demás sectores, mientras que la otra mitad cantaba coros de salvación, diciéndoles que no hicieran eso.

Las ratas balcánicas se peleaban constantemente y cambiaban continuamente de jefe, y las ratas americanas eran ratas mecánicas.

Las ratas portuguesas se estaban muy quietas para no tropezar con el techo, porque en vez de ratas se creían caballos.

Salimos de las alcantarillas sin tener bien decidido el plan de caza.

Sin embargo, dimos grandes esperanzas al alcalde, que nos esperaba a la salida, como cuando se riñe con un compañero de colegio.

Adelaida ideó un plan diabólico para fastidiar a las ratas, que era el marcharse la población en masa de Tonky, dejándolas solas para que se aburriesen.

También proyectó volar la ciudad o hundir las alcantarillas.

Pero a nadie convencieron los procedimientos diplomáticos de mi esposa.

Y todos se volvieron hacia mí, esperando la idea.

Y la idea vino.

Hice construir varias enormes ratoneras y las coloqué a la salida de las alcantarillas, y sobre cada una de ellas fui colocando un rótulo que definía:

«Restaurant», «Café», «Beerkuffenstrawenhumenhamenstoftiffinroskenkufen», «City», «Banque», «Cine», «Vals toda la noche», «Gran Palacio de los Tres Hemisferios».

Y al poco tiempo habían caído en ellas, respectivamente, las ratas francesas, españolas, alemanas, inglesas, americanas, balcánicas y portuguesas.

Me quedaba por coger las ratas elegantes, las que, por no juntarse con el populacho, no habían caído en la trampa de las demás.

Pero no me fué difícil hallar un medio.

Coloqué una ratonera y encima puse «Hotel», y pronto acudieron al engaño todas las elegantes, diciendo:

—Para una rata, lo más distinguido es ser rata de hotel. Aquí hay uno; pues adentro.

Y de ese modo terminé con las ratas en Tonky, pues las pocas que quedaban las cogí por el rabo, que también era otro procedimiento sencillo y eficaz.



EL BARÓN DE LA CASTAÑA.

HISTORIAS DE ANIMALES

EL BUHO ENCUENTRA OCUPACIÓN

Cuando *Lamparilla* abandonó la selva —¿os acordáis?—, el cargo de sereno quedó vacante.

Se anunció la plaza en los troncos de los árboles más céntricos, prometiendo un buen sueldo al animal que se decidiese a desempeñar el puesto.

Varios de los que se presentaron tuvieron el disgusto de verse rechazados. El tigre de Bengala, el nictipiteco, la luciérnaga, el grillo y otros no reunían las condiciones necesarias.

Al fin se adjudicó el cargo al buho. Este ya era otra cosa.

Se parecía demasiado a esos aparatos de luz eléctrica, a los de la luz de una bombilla dentro de la cabeza; se asoma la luz por los ojos.

Llevaba mucho tiempo alumbrando por las noches y esto le daba cierta facilidad para el oficio de sereno.

Hasta entonces había sido faro junto al estanque para que los patos no tropezaran de noche con las piedras de la orilla. Subido en un palo, el buho vigilaba, y su cabeza, encendida en los ojos, giraba sobre el cuello como las luces de los faros.

Pero el empleo de faro, a pesar de ser muy descansado y de que no lo pagaban mal, no convenía del todo a nuestro amigo el buho. Como tenía la obligación de pasarse las noches al lado del estanque, había pescado un reuma que le hacía sufrir mucho.

Por eso prefirió ser sereno, aunque, en realidad, no era muy aficionado a los bajos oficios. Su pasión era el estudio, al que dedicaba desde joven sus largas vigili-
as. Pero como era necesario ganarse todos los días unos míseros insectos para la manutención, tuvo que agarrarse al chuzo y aprovechar de este modo su afición a pasar las noches en vela.

En lo alto de una rama, con su capa sobre los hombros, se enteraba de cuanto ocurría en la selva.

Las marmotas roncaban, cantaban los ruiseñores aficionados a la ópera y los Don Diego de Noche abrían sus hojas al fresco rocío, asomándose los estambres como si pasara la procesión.

A media noche era cuando el buho tenía que trabajar un poco más. Son muchos los animales que se recogen tarde, ya porque hayan ido de caza, o simplemente al cine, o al café.

Todos ellos, al llegar a su casa, baten sus alas o agitan el rabo y gritan:

—¡Serenooooo!

Y el buho, desde su rama, contesta:

—¡Voy! ¡Voy!

Y viene sonando las llaves de todos los nidos y de todas las madrigueras.

El acompañaba a los pájaros que volvían borrachos y se equivocaban de árboles y de nidos. Los conducía hasta el nido, donde la hembra y las crías —recién abierta la punta del cascarón— le piaban al recibirle,

agraciándole la devolución del marido y del papá. En fin, era un excelente sereno.

A pesar de esto, sus enemigos, los que habían sido rechazados para ocupar el puesto, esperaban la primera ocasión para hacerle perder su buena fama.

Aconteció que el buho enfermó y tuvo que ir en busca de un médico, que lo reconoció atentamente.

—Eso no es nada. Lo que tiene usted que hacer es purgarse.

—¿Y con qué, doctor?

—Pues con cualquier aceite: con aceite de ricino, de castor, de hígado de bacalao.

Pagó su consulta el buho-sereno y se fué a la planta del ricino a pedirle un poco de aceite. Pero el ricino no se negó.

—¡Oh! Hacía falta estrujarme mucho para que yo diera aceite y me haría mucho daño. No quiero.

Entonces buscó al castor, que puso otros pretextos parecidos para no dejarse sacar ni una onza de aceite.

Buscó al bacalao y le pidió, por favor, que le dejase su hígado. Pero el muy grosero del bacalao también se opuso a satisfacer el deseo del buho enfermo. No quería dejarse sacar su hígado. Debía estar muy contento con él.

En la selva, en fin, no había aceite. Entonces el grillo le dijo que en las lámparas de las iglesias hay siempre aceite. Ya sospecharéis que el grillo lo dijo con la peor intención, con la de esperar a que el buho fuese a la iglesia del pueblo y decir a todo el mundo:

—¡Cril! ¡Cril! ¡Cómo nos ha engañado! ¡Cril! ¡Cril! ¡Parecía un buho y resulta que es una lechuza, porque ya sabéis que las lechuzas son las que se beben el aceite de las lámparas! ¡Cril! ¡Cril! ¿Podemos consentir tener por sereno a una lechuza que nos ha engañado con tan malas artes, explotando su parecido con el buho?

La selva se amotinó, pidiendo la destitución de aquel falso sereno, sin esperar a que éste volviera para que se viese si era verdad o no.

Entonces se nombró sereno al lobo, que también encendía sus ojos; pero hubo que quitarlo en seguida porque se comía a los bichos en vez de abrirles la puerta de sus casas.

Luego fué sereno un mono, en colaboración con un fuego fatuo que hacía de farol. Pero el fuego fatuo prendía las hojas secas, y las ramas y los árboles y los nidos se incendiaban al menor descuido. Hubo que destituirlo también. Y entonces, descubierta la falsedad de la denuncia del grillo, se devolvió el cargo al buho, que ya siempre lo desempeñó con aumento de sueldo y contestando, desde su rama, a los que le llamaban:

—¡Voy! ¡Voy! ¡Voy!

José López Rubio.



**PROGRAMA
PARA HOY**
*Salvamento
y
Castigo*
¡Sensacional!

GRAN CINE



SALVAMENTO Y CASTIGO

—Mala noche os dejó—dijo el capitán Simón Plak a su oficial más joven cuando en el puente del destróyer *Terror* le dejaba de guardia para unas cuantas horas de la noche.

Pero apenas el joven oficial quedó solo y dirigió a su alrededor sus potentes prismáticos, le pareció ver una masa grande que se perdía bajo las olas y volvía a surgir.

Dió órdenes para que su embarcación se dirigiera hacia aquel sitio, y pronto descubrió que se trataba de un barco, abandonado al parecer, con los palos rotos, las chimeneas torcidas y sin gobierno alguno.

Llamó inmediatamente al capitán Plak, y éste ordenó que se preparara un bote, en el cual, con cuatro valientes marinos, trasladóse él mismo para reconocer aquello.

Buscaron y rebuscaron por todos lados y no hubo modo de encontrar a nadie. Sólo en el camarote del capitán observaron señales de lucha humana: una corbata, una gorra pisada, los vidrios brillantes de una esfera de reloj...

Simón Plak dijo:

—Ya supongo lo que aquí ha pasado: una tripulación sublevada. El capitán habrá sido arrojado al mar o robado tal vez.

Subióse luego con todos al *Terror*, llevando en su mano los documentos más importantes encontrados, y luego exclamó:

—Nada nos queda ya que hacer, sino hundirlo. Destapar un cañón pequeño y hacer en medio del casco un agujero.

Cuando todo estaba preparado por los artilleros, dió el capitán la voz:

—¡Apunten...! ¡Fuego...!

El cañonazo sonó terriblemente, haciendo estremecerse aquella masa, que pronto amenazó desaparecer.

Cuando toda la marinería se emocionaba ante ese espectáculo un poco triste, una figura humana surgió en el puente. Un reflector rápido, dirigido por el joven oficial, hizo ver que se trataba de una niña. Pero ya Simón Plak se había arrojado, y luchando con las olas sonoras llegaba al tiempo que la chiquilla se iba a perder bajo el negro mar nocturno.

Con ella atrapada volvía el capitán, y en el bote que dos marineros lanzaron al agua llegóse al *Terror*, donde la niña se explicó así:

—Yo había sentido voces en el barco, y mi padre, que es el capitán Alberto Johán, vino corriendo a esconderme en un hueco oculto de su camarote, cerrándome luego. Serían las cuatro de la tarde. Después, yo no he sabido nada. No podía salir de allí y pasaron las horas. Pero de pronto he oído como un cañonazo; el camarote se ha resquebrajado y la puerta secreta del rincón oculto se ha abierto ella sola. Eso ha sido todo.

Todo esto confirmó a Plak su sospecha de que la tripulación se hubiera sublevado.

Animó a la pequeña Pilita Johán, dióle caldo caliente para que la reanimara e hizo que se acostase.

Entonces dió orden para que el destróyer virara hacia la costa, en busca de los botes en que seguramente habían huido los miserables marinos.

Mucho trayecto llevaban recorrido, y ya estaba próximo el alba, cuando vieron, en efecto, un bote que se alejaba de la costa, en el cual iba un hombre al parecer mal trajeado y en mangas de camisa.

El fué el primero en pedir a gritos el auxilio del *Terror*. Y cuando hubo alcanzado, por fin, la cubierta, habló así al capitán Plak:

—Señor capitán: yo soy también capitán. Me llamo Alberto Johán. Venía mandando el *León*, que llevaba una marinería brava, pero peligrosa. De pronto vinieron a pedirme que les llevara a robar un tesoro a un viejo templo de ciertos místicos salvajes costeros. Yo soy un hombre honrado y me opuse. Entonces me persiguieron, me ataron. Pero yo les había destrozado la máquina a tiros... y había escondido una hijita mía. En la costa me dejaron atado, y unos ne-

gros sentimentales me desataron y por una pluma estilográfica me ofrecieron ese misero bote. Yo ruego a usted de rodillas y derramando lágrimas que me lleve a rescatar a mi niñita...

En efecto, de sus ojos caía abundante llanto de dolor.

—Su hija está salvada y ahora duerme en mi camarote...

La alegría de Johán fué tan inmensa, que un momento cayó desmayado a los pies de Plak, el cual exclamó a sus oficiales:

—Aun cuando no es cosa que a mí me incumbe, vamos nosotros, antes de que el sol salga, a salvar de las manos de los ladrones ese tesoro para dejárselo a sus verdaderos propietarios.

El destróyer *Terror* cambió su dirección y se lanzó hacia la costa salvaje, que no estaba lejana.

Ya próximo a ella, Simón Plak mandó descolgar un bote, y con los seis marineros más valientes, armados con armas de fuego, se acercó silenciosamente a uno de los puntos más agudos de la costa.

Ordenó que su gente se quedara escondida por una roca y él trepó, sigiloso, hacia el templo. Cerca de la puerta, oyó murmullos armoniosos, como de oraciones y danzas salvajes. Y sin ser visto, se asomó por una ventana baja.

Allí estaban los marineros del *León*, que ataron al capitán Johán, atados de pies y manos y con la espalda en el suelo.

A su alrededor danzaban doce salvajes cogidos de la mano. Y en un trono estaba un rey gordo, con bellas plumas en la cabeza y con tres esclavos cerca, sentados en los tapices del templo.

Cesó la danza y Plak oyó al jefe salvaje expresarse así:

—Anunciad al pueblo que a la caída del sol serán decapitados los que han querido robar nuestro tesoro, como lo fueron ya todos cuantos lo intentaron...

El capitán del *Terror* escuchó aquello con verdadera angustia, y en seguida fué a buscar a sus gentes.

Vinieron todos en silencio, se apostaron en la cuenca de un río, y cuando vieron que marchaban del templo los salvajes, corrieron con sus cuchillos a desatar a los ladrones.

Tres salvajes que advirtieron la faena dieron gritos de auxilio, y pronto llegaron muchos más.

Pero era tarde; los honrados tripulantes del *Terror* y los cobardes del *León* huían hacia el bote, a los gritos de Plak, que decía:

—Corramos, corramos sin disparar un solo tiro. Nuestras armas son superiores a las de ellos. No disparéis

mientras no sea demasiado preciso.

En efecto: no fué necesario. Muy pronto estaba el bote lleno de gente, con rumbo al *Terror*.

Llegaron todos a cubierta, y el capitán Simón Plak hizo atar codo con codo a los miserables del *León*.

Y ante todos ellos y ante los suyos, les dijo:

—Habéis cometido dos delitos imperdonables: rebelaros en alta mar y querer apoderaros de lo que ya tiene dueño. Yo tengo que cumplir con las leyes y seréis entregados a la justicia. Si os he salvado de la muerte, es porque la muerte es algo que repugna a nuestra civilización. Habéis sido salvados; pero seréis castigados.

Alberto Johán abrazó a Simón Plak y le dijo tristemente:

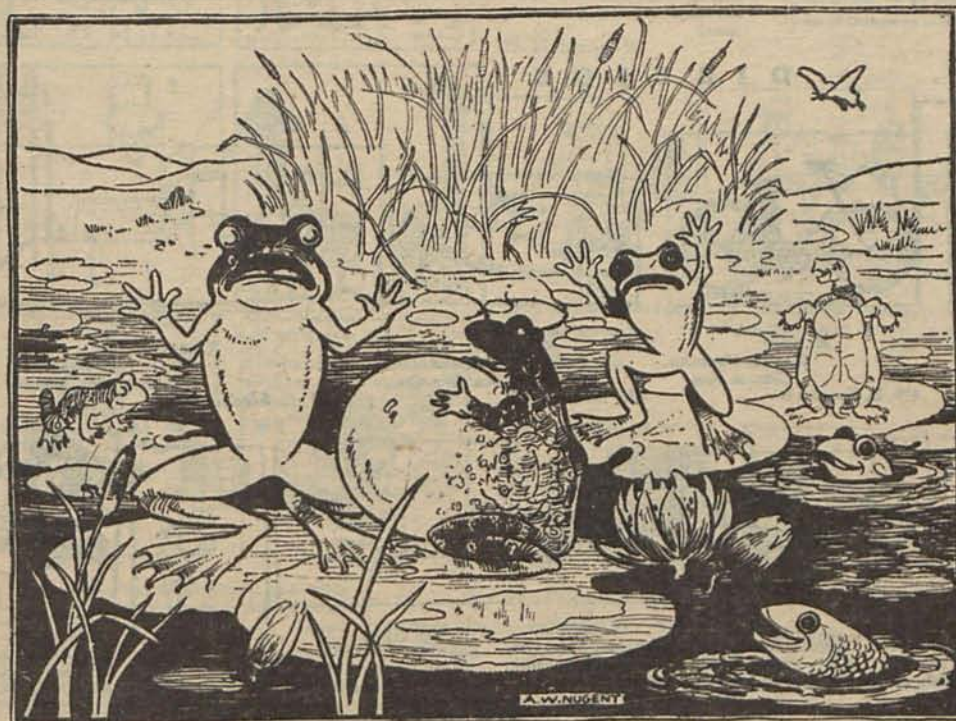
—He vivido tanto tiempo y en tan difíciles momentos entre esos recios marineros, que me apena verlos castigados. Sin embargo, la justicia es antes que nada. Dios ha sido justo con ellos y les ha evitado una muerte que no merecían. Castigados, sí, pero salvados.

Mientras los presos eran conducidos por el *Terror*, en el destróyer no se celebraron fiestas; daba pena que oyeran la alegría de los demás. Pero después, Johán ofreció un espléndido banquete a la tripulación que salvó a Pilita.

¡HA TERMINADO!

CONCURSOS PERMANENTES

EL DE PROBLEMAS



LA RANA QUE QUISO SER TAN GRANDE COMO UN BUEY

¿Recordáis la fábula de la rana que quiso ser tan grande como un buey, y se hinchó tanto, que terminó por reventar? Pues ahí la tenéis, rodeada de sus compañeras, que la contemplan horrorizadas. Además de las ranas que veís fácilmente, hay otras dos ocultas, que son las que tenéis que buscar.

(Problema fuera de concurso.)

EL SORTEO

En un colegio había 15 niñas y 15 niños. Llegó la época de los exámenes, y la profesora se encontró agradablemente sorprendida al ver que los 30 alumnos eran merecedores de premios. Pero, ¡oh desconsuelo! ¡No había nada más que quince premios!

La profesora se puso muy triste, y dijo a sus alumnos:

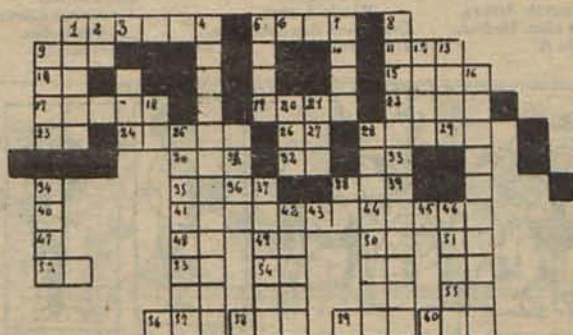
— Todos sois merecedores de recompensa, pues todos habéis hecho buen curso y mejor examen; pero como no hay nada más que quince premios, y no quiero ser injusta, la suerte decidirá. Formad en corro y yo iré contando de nueve en nueve; el que tenga este número saldrá del corro, y seguiré contando hasta que hayáis salido del corro 15 y quedado otros 15, que serán los premiados.

¿En qué orden formaron y por dónde y en qué sentido empezó a contar la profesora, puesto que las premiadas fueron las niñas?

Para distinguir los niños de las niñas pintad de negro unos redondeles y otros dejadlos en blanco.

(Fuera de concurso.)

ELEFANTE



LOGOGRIFO

Sustitúyanse los puntos por letras, de forma que, tanto horizontal como verticalmente, se lea **COSA** que **EMBELLECE A LA MUJER**, ÉPOCA, NOTA MUSICAL, VOCAL.

LUIS BERMEJO.

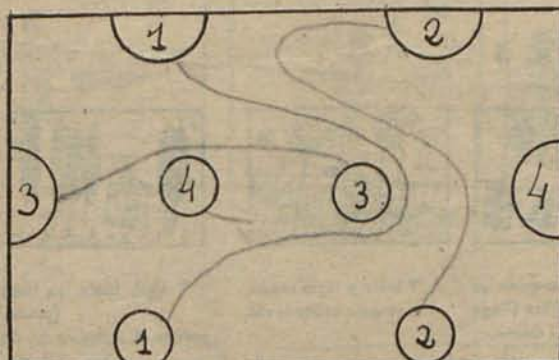
Quince años. Cintruénigo.
80. P. Sección B.

LUIS FLÓREZ DE LOSADA Y HERRERO.

Doce años.

81. P. Sección B.

LOS CÍRCULOS



Unanse con una línea los círculos 1 con 1, 2 con 2, 3 con 3 y 4 con 4, de manera que estas líneas no se crucen ni salgan del rectángulo.

CARLOS GARCÍA Y DE OTEYZA.

82. P. Sección B.

Quince años. Madrid.

LISTA DE INDICACIONES

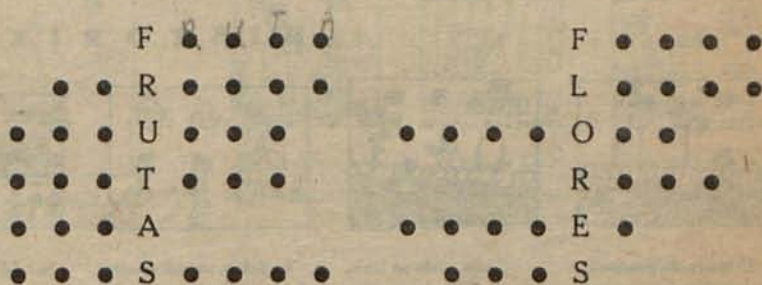
HORIZONTALES

1. Blindaje de los buques de guerra.—3. Carta.—5. Para dormir.—6. Dueñas.—9. Signo aritmético.—11. En el mar.—14. Artículo.—15. Instrumento musical.—17. Para secarse.—19. Infinitivo.—20. Gran masa de agua.—22. Ingenio.—23. Infinitivo.—24. El Sol.—26. Tiempo de verbo.—29. Pronombre. 30. Nombre de mujer.—32. Afirmación.—35. Se come en Nochebuena.—38. Gran masa de agua.—41. Acobardados.—43. Ensartados.—45. Números.—48. Tiempo de verbo.—49. Infinitivo.—50. Con a detrás, juego.—51. Afirmación.—52. Naípe. 53. Con a detrás, nombre femenino.—54. Pronombre.—55. Tiempo de verbo.—56. Signo aritmético.—57. Naípe.—58. Metal precioso.—59. Con o detrás, burro.—60. Monja.

VERTICALES

1. En el verano.—2. Pronombre.—4. Las dan los buenos toreros.—5. Planta de donde se saca el vino.—7. Infinitivo.—8. La hay en PINOCHO.—9. Tiempo de verbo.—10. Gran masa de agua.—12. Teatro de Madrid.—13. Vehículo.—18. Carta. 20. Parte del año.—21. De esta manera.—25. Para las cazuelas. 26. Tiempo de verbo.—27. Afirmación.—28. Montan a caballo. 31. La gallina, lo es.—33. Rezo.—34. Nombre de mujer.—36. Tiempo de verbo.—37. Infinitivo.—38. Nota.—39. Porción de comida.—40. Animal.—42. Residuo de uva después de pisarla para hacer el vino.—44. Fajas.—46. Atrevido.—47. Abreviación de Sociedad Anónima.—53. Donde se trilla.—55. Nota musical.

JEROGLÍFICOS



Tanto en el jerooglífico de FRUTAS como en el de FLORES hay que sustituir los puntos por letras, de manera que se lea en las líneas horizontales, en uno nombres de FRUTAS, y en el otro, nombres de FLORES.

83. P. Sección B.

ANÓNIMO.—Melilla.

A LOS CONCURSANTES

He recibido muchas cartas vuestras preguntándome si para optar al premio de las soluciones de los concursos es preciso mandar todas las de un mes completo. No, queridos concursantes, no es preciso mandar todas. Claro que esto sería el ideal; pero como son tantas y vuestro tiempo es muy precioso, puesto que tenéis que estudiar o dedicaros a vuestros trabajos, he pensado que será acreedor al premio aquel que mande más y mejor hechas las soluciones. Ahora bien: si, por ejemplo, un pinochista me manda veinte soluciones mal y cuatro bien, y otro cinco solamente, pero bien, éste y no aquél se llevará el premio.

Las condiciones completas de estos Concursos y sus premios se han publicado en núms. anteriores de PINOCHO.

CUARTA SERIE DE CONCURSOS

FALLO DEL JURADO

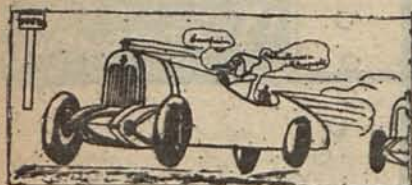
Con la debida oportunidad han sido examinados los trabajos de esta cuarta serie de concursos, correspondientes a los números 13, 14, 15 y 16, y según aquel examen, han sido adjudicados los premios a los Pinochistas siguientes:

Primer premio: Julita Antón Labadie.
Segundo — Arturo Azpitia (Alloza).
Tercer — Virginia Rodríguez (Orceera, Jaén).
Cuarto — M.ª del Pilar Villán (Valladolid).
Quinto — Gloria Gómez (Valladolid).

CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :- HISTORIETAS :- CHISTES ILUSTRADOS :- CHISTES
SIN ILUSTRAR :- CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

DIBUJOS



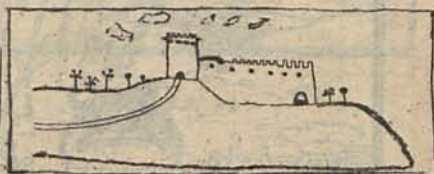
Pinocho en auto.
VICENTE VERA.
Trece años.
418. D. Sección B.



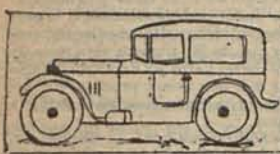
Mi «bici».
MANUEL HERRERO.
Catorce años.
419. D. Sección B.



Mi «auto».
SALVADOR GONZÁLEZ.
Doce años. Bruselas.
420. D. Sección B.



Castillo.
JOSÉ POSADA.
Doce años. Madrid.
421. D. Sección B.



El «auto» de mi tío.
JOSÉ TORRES.
Nueve años. Málaga.
22. D. Sección A.



Chapete.
CHATICA LLOMPART.
Cinco años. Sevilla.
423. D. Sección A.



Un caballo.
ADOLFO SÁNCHEZ.
Nueve años. Madrid.
424. D. Sección A.



Un castillo.
EDUARDO ESTIRADO.
Doce años. Madrid.
425. D. Sección B.



Un tigre.
EDUARDO ESTIRADO.
Doce años. Madrid.
426. D. Sección B.



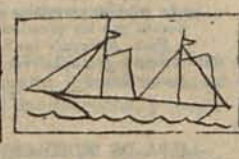
Escena.
SOLEDAD FELIPE.
Nueve años.
427. D. Sn. A.



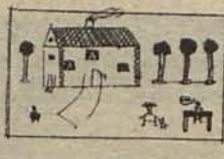
Arlequíneta.
ELENA OLANO.
14 años. Gijón.
428. D. Sn. B.



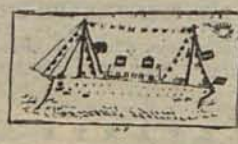
Fatti.
ALFONSO GÓMEZ.
Diez años. Orense.
429. D. Sección B.



Barco de vela.
M. C.
Ocho años. Málaga.
430. D. Sección A.



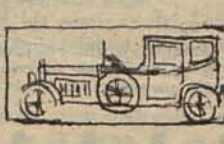
Donde veraneo.
ASUNCIÓN SIERRA.
Siete años. Madrid.
431. D. Sección A.



Un crucero.
RAMÓN LÓPEZ.
Ocho años. San Sebastián.
432. D. Sección A.



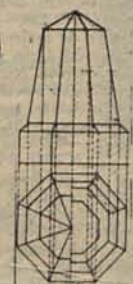
Una bicicleta.
CONSUELO LÓPEZ.
Once años.
433. D. Sección B.



Un Fiat.
ALBERTO LÓPEZ.
Nueve años. Madrid.
434. D. Sección A.



Una parejita.
FERNANDO SOLER.
Doce años. Barcelona.
435. D. Sección B.



Dibujo.
LUIS LORENZO.
Catorce años.
436. D. Sn. B.



Mi gatito.
437. D. Sección B.



La cierva de Pepín.
ISABEL GORDILLO.
Trece años. Badajoz.
438. D. Sección B.



Una niña.
MERCEDES REY.
Trece años.
San Sebastián.
439. D. Sn. B.



Campesino.
JOSÉ ANDREU.
Once años.
Valencia.
440. D. Sn. B.

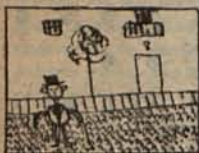


Pirula.
M. C.
Ocho años.
Málaga.
441. D. Sección A.

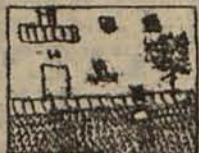


En globo.
ELÍAS ALONSO.—15 años.
Palencia.
442. D. Sección B.

HISTORIETAS



El intrépido gazapete
quería darse un banquete.



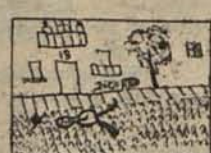
Como pasta no tenía,
fué a pedirsel a su tía.



La pobre, con nail apuros,
fué y le prestó cinco duros.



Se dió un banquete en
[San Diego
gastando todo el dinero.

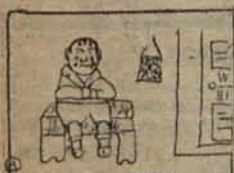


Y tanto y tanto comió,
que un gran cólico le dió.



Y aquí, triste, yo hago
[punto,
porque el pobre es ya di-
[funto.

PEPITA TRONCOSO.—Ocho años. Jerez.—21. H. Sección A.



Juanito tenía mucho calor.



Cuando se le ocurrió una idea.



Y ya está contentísimo.

M. OLANO.—Once años. Chile.—22. H. Sección B.



La tapia de
un corral de
poner mano a
los más nue-
vos | saltó un
ladrón para ro-
bar los huevos.



Cuando iba a
poner mano a
ingenioso por
su empresa | le
demás, | en un
sorprende un
descuido se la
feroz perro de
pega al can.
presa.



Pero el caco,
can bajo el to-
nel ladraba, |
los huevos, con
reposo, le ro-
baba.



Mientras el
can bajo el to-
nel ladraba, |
los huevos, con
reposo, le ro-
baba.



Y como dió
felic fin a su
empresa, | can-
tando se mar-
chó campo tra-
viesa.

RAFAEL GARCÍA.—Catorce años. Alicante.—23. H. Sección B.

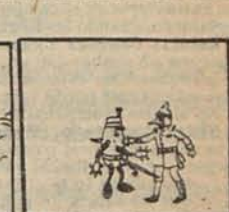
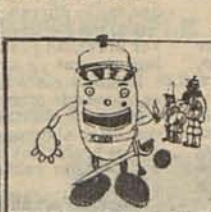
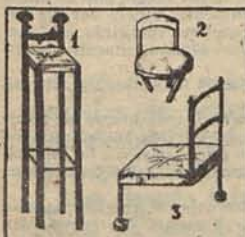


El negro Guanú salió de caza y encontró un tigre como una [casa].

El tronco de un árbol halló y en el tronco se metió.

Y así pudo levantarse y sin peligro alejarse.

CRISTÓBAL MÉNDEZ.—Doce años.



Ved aquí, como un tonel, a Chapete coronel.

Y aquí Pinocho temible, que en la lucha es invenci- [ble].

La lucha es cruenta y de peligros no exenta.

Pinocho, justiciero, mete a Chapete el acero.

MIGUEL ÁNGEL BALSEIRO.—Trece años. Madrid.



Historia original y modernista de un concurso de sillas Pinochista.

FRANCISCO DE ALAMINOS. Trece años. Sevilla.

Fosforillo y Fosforilla se enamoraron un día.

Y a la iglesia parro- [quial] se marcharon a casar.

Mas un chico, con un [coete] a todos puso en un brete.

Pues deshizo, fulmi- [nante] aquella boda al instante.

LUIS GARCÍA RUIZ.—Catorce años. Madrid.



A poco salió un be- cerro

que contra un picador fué arremetiendo.

Y cuando le hubo hecho astillas

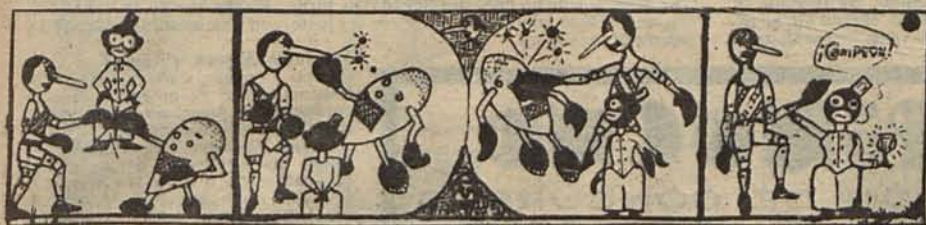
le pusieron banderi- llas.

Sale a brindar el es- pada

y remató al toro de una estocada.

Canutito, del susto, [se despierta] viendo que era la hora [de siesta].

DAKAR y KPARAPATRA.—Diez y once años. Oviedo.



Este «match» interesante da comienzo en este instan- [te].

Pinochito, en un desliz, casi pierde la nariz.

De un «crochet» en la [nariz] con Chapete da en el [«ring»].

Le dan la copa mundial por vencer a su rival.

—¡Oh, sorpresa!

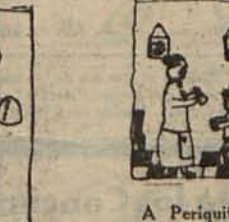
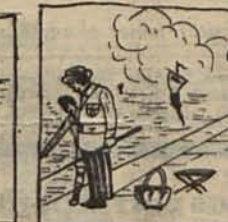
—¡Qué chasco me llevé!

DILIA PÉREZ. Quince años. Colombia.

29. H. Sección B.

SIMÓN MATOS.—Catorce años. Medina del Campo.

30. H. Sección B.



El travieso Crispinillo sale a dar un paseillo.

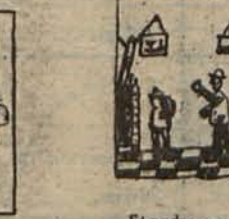
Está en la orilla del mar pescando el señor Pascual.

Y se le acerca Crispin diciendo: «¡Mire un delfín!»

A Periquito, su [madre] lo ha mandado por [vinagre].

En la calle Carre- [tero] le dejaron sin dine- [ro].

Fué corriendo a [su casa] a comentar la des- [gracia].



Don Pascual se lo creyó y al mar Crispín lo arrojó.

Y ved al señor Pascual cuando se salió del mar.

Dándole su merecido al travieso Crispinillo. JOSÉ LUIS MARTÍNEZ.—Doce años. Córdoba.

El padre, muy en- [fadado] a la calle lo ha man- [dado].

Y como se viera [hambriento] fué a buscar alimen- [to].

Y como no lo en- [contró] de necesidad murió.

32. H. Sección B.

JOSÉ TORRES DÍAZ.—Málaga.

Las condiciones completas de estos Concursos y sus premios se han publicado en núms. anteriores de PINOCHO

Ayuntamiento de Madrid

CORRESPONDENCIA

Carlos García de Oteyza. (Madrid).—He recibido tu amable carta, que contesto inmediatamente. Podrás mandar tus trabajos con un cupón, y no es necesario que éste sea del último número. En cuanto a los trabajos de tu hermano, concedido; pero alude siempre, siempre que me remitas trabajos tuyos y de tu hermano, a esta carta mía, de amplia y generosa concesión.

José Luis Martín. (Córdoba).—Sin duda alguna, tu historieta, que supongo bellísima, se habrá perdido. Y no aquí, sino en el correo. Mándame cuantas cosas quieras, siempre con su cupón correspondiente, y ya verás cómo —dé no extraviarse en el camino— te las publico.

Saldrán, cuando les lleguen su turno, los agütes del final de tu carta.
Antoni Giménez Valenzuela. (Barcelona).—Tu pregunta no deja de ser graciosa. ¿No sabes que yo, querido Antonio, estoy dispuesto a publicar todo, todo cuanto me remiten los Pinochistas? Lo que tú me mandes, que será bueno, a juzgar por tu carta, saldrán en mi Revista.

No olvides acompañar de un cupón cada uno de los trabajos que mandes.
Pedro Monasterio. (Madrid).—Cuando tú seas hombre sabrás muchas cosas que ahora no sabes; y como eres un chico listo, según se adivina por tu carta, llegarás muy arriba. Si para entonces has tenido afición a cuestiones editoriales, sabrás que lo que hoy te parece solución..., no es solución. Si lo fuera, ¿por qué no habría de ponerlo en práctica con el mayor gusto, si mi deseo principal es complacer siempre a todos? En cuanto al sorteo de regalos, se celebrará puntualmente en la fecha anunciada últimamente, cuando hubimos de retrasarla para complacer a los Pinochistas que protestaban de que el sorteo fuese sólo para los suscriptores. A mí me convenía que fuese así; pero... los Pinochistas ante todo. No tardaré mucho en ofreceros nuevos regalos de importancia. Pirula, Currinche, Don Turulato y el Barón de la Castaña agradecerán tu afecto, y a él corresponden cordialmente, como tu amigo Pinocho.

A los Pinochistas americanos que me envían colaboración.—Vengo observando que algunos Pinochistas americanos envían sus trabajos, bien con cupones antiguos o, lo que es peor, sin cupón de ninguna clase. Debido al gran cariño que siento por vosotros y, además, a la cortesía a que obliga la distancia, he dejado pasar algunos trabajos, justificando generosamente vuestro olvido. Pero... ¿sería justa esa generosidad, de prolongarse indefinidamente? Seguro que no, queridos Pinochistas. Por ello vengo a daros en estas líneas un aviso cariñoso, amable, pero definitivo. Todo Pinochista habrá de enviarme, con cada uno de sus trabajos, cuento, chiste, historieta o dibujo, un cupón de concursos. Aquellos Pinochistas americanos que sean suscriptores podrán enviarme, con un solo cupón, un trabajo —sólo uno— de cada concurso. Tales son las condiciones generales que, por bondad, por cariño a vosotros no he querido aplicaros hasta ahora rigurosamente, no obstante venirlos observando en España, con mis coterráneos, con una inflexibilidad heroica, desde hace mucho tiempo.

Como siempre, quedo admirador de vuestro ingenio.
Joaquín P. Zugazti. (Buenos Aires).—Querido Joaquín: Muy bien por ambos envíos, por tu carta y por tu chiste. Muy bien. Me alegro mucho las noticias que me proporcionas. Esos 17 aeroplanos —¡ahí es nada!— que pasaron por encima de tu cabeza, volando, cuando me escribías, son para mí resonar. Como apenas si tengo tiempo —¡si supieras cuántas horas me ocupa mi Fe-vista!— para leer la Prensa, me alegro que sean los mismos Pinochistas los encargados de comunicarme lo que ocurre fuera de mi mundo infantil. Tus noticias son interesantes. Me escribes en el mismo día en que llega a esa el Príncipe de Gales. Los 17 aeroplanos, según me cuentas, van en su busca. Supongo que habrás gozado mucho contemplando el aéreo recibimiento.

No he de comunicarte que tu chiste, por bueno, por ingenioso, por chistoso, se publicará en mi Revista.
Carmencita y Gonzalito Zabaleta. (Madrid).—Mis queridos amigos: Vuestros dibujos me han gustado muchísimo. Se publicarán, en llegandoles su turno, en mi Revista, y estoy seguro de que obtendrán un éxito definitivo. He dado vuestros abrazos a Pirula, y me ha devuelto para vosotros una multitud de besos. Currinche y Don Turulato también están contentos con vuestra carta, pues se vieron en ella; y en cuanto a mí, no tengo que decir nada.

A. Martínez. (San Juan, Puerto Rico).—Mi buen amigo: He recibido tu carta, y con ella el fragmento de *Don Pepe y Don Capicito*. Mucho me ha interesado este cuento, y lamento no poderlo publicar por venir incompleto. Si tú quieres, puedes rehacerlo, copiarlo con letra clara y mandármelo acompañado de un cupón de concurso. En cuanto a las otras cosas, no puedo publicarlas, pues en mi Revista sólo caben trabajos originales.

No dejes de remitirme *Don Pepe y Don Capicito* desde el principio, bien y completo, escrito con letra muy legible, pues entre las cosas que me envían son estas de América las que más me interesan.

Recibe mi más cordial saludo y un afectuoso abrazo de Pirula.

Antonio Hernández.—Sí, señor, puesto que eres suscriptor, puedes remitirme con un solo cupón, un trabajo de cada concurso. Si alguno de estos trabajos viene a ser de la particular predilección de los Pinochistas, y éstos lo votan, podrás obtener el premio que señalamos.

Germán Lastra. (Lugo).—Si tus dibujos llegaron con su cupón correspondiente, saldrán a su debido tiempo en las páginas de mi Revista. Por si tuvieron la desgracia de extraviarse

se en el correo, mándame nuevos trabajos, en la seguridad de que serán publicados.

Rubén Menéndez. (Cuba).—He recibido tu barco, pero sin cupón. Cuando me remitas éste, se publicará tu dibujo. Mientras tanto lo conservo en buen sitio para que no se pierda.

Carmencita Navas y García. (Málaga).—A su paso por Madrid, camino de Londres, tu hermanito Pepe me ha comunicado que eres una admirable Pinochista y una entusiasta Pirulina. Ya lo sabía yo, desde luego, mucho antes que me lo dijeras. Pero quiero convencerte plenamente. Quiero ver tus trabajos, tus buenos y magníficos dibujos, y espero que me remitirás, a la mayor brevedad posible, como me ha prometido Pepe, algunas muestras de tu ingenio, que ya sabemos es insuperable.

Recibe treinta abrazos de mi parte, cuarenta besos de Pirula, y ochenta apretones de mano de Don Turulato y Currinche.

Maria S. Cantilo. (Sevilla).—Ya ves cómo te publico todo lo que me remites. Pero algunos de tus problemas... La verdad, mi querida María, algunos de tus problemas están un poquito confusos, y no puedo darlos a la publicidad. Mucho cuidado, mucha claridad en los dibujos. Tú sabes hacer cosas excelentes.

Marcel Fernández. (La Guardia).—Publicaré tus colmos, querido Manolo, cuando me mandes los cupones correspondientes. ¿Estamos? Un cupón para cada colmo.

Antonio García Méndez. (Barcelona).—Mi querido Antonio: Acabo de recibir tu cariñosa carta, y la contesto inmediatamente, como es tu deseo, para notificarte que tus trabajos, que te acreditan como gran dibujante, se publicarán en PINOCHO.

Antonio Villalba. (Andújar).—Tu chiste ilustrado ha sido dividido en dos partes: Una, la ilustración, que se publicará; otra, el chiste, que no se publicará. ¿Motivo? Convenirás con nosotros, sin más comentarios, en que tu chiste —llamémosle así— es un chiste inaceptable.

Tu dibujo, en cambio, es estupendo.

Milagros Valenzuela. (Buenos Aires).—Mi queridísima amiguita Milagros: Recibí tu bonito trabajo, que me gustó muchísimo, no sólo porque está muy bien hecho, sino también, y más principalmente, porque viene a ser tu retrato, tu exacto y admirable retrato. ¡Qué dibujo! Solo le encuentro un pequeño, insignificante defecto: La mesa es demasiado pequeña. Pero ello no importa. Lo principal de este dibujo, que eres tú, está estupendo.

Se publicará, mi amiga, ¡cómo no!

Luis Fernández. (Madrid).—No puedo publicar tu chiste. Imposible. ¿Comprendes?

Alfonso y Manuel Martínez. (Buenos Aires).—Encantado con vuestros dibujos. Procuraré que salgan a la luz lo más pronto posible. Agradezco muchísimo vuestras cartas. El gran tamaño de vuestros trabajos no es una dificultad; antes bien, facilita considerablemente la claridad del diseño.

¡Hasta otra, queridos amigos!

Rafael Pina. (Gerona).—¡Los concursos! ¡Lo hemos explicado tantas veces, tantas! Si eres Pinochista, como afirmas en tu carta, es imposible que no estés al tanto de lo que hay. Te remito a los números en que hemos explicado con una claridad perfecta todo lo que se refiere a este asunto. En cuanto a las «palabras cruzadas ilustradas» es de *Mujer*, querido amigo. Y la explicación de cómo se resuelven aquellos problemas la encontrarás, y muy clara por cierto, en la referida Revista.

Antonio Ruiz del Olmo. (Avila).—Para que te mandemos el acéssit obtenido en concursos anteriores bastará con que nos remitas 50 céntimos en sellos, para el franqueo. Como a todos los Pinochistas que obtuvieron aquella distinción, te advierto, para tu particular conocimiento, que el premio queda, en valor efectivo, muy por bajo del coste de franqueo. Se trata, como dije a su tiempo, de una mención. De todas formas, dejo a tu voluntad tu decisión en este caso.

Federico Lusa. (Zaragoza).—De tus cuatro dibujos hemos publicado dos, dices. Pero ello no quiere decir, como piensas, que no hayan de salir los otros dos, digo. Puede no haberles llegado su turno. Piensa que he de llevar esto con un cuidado admirable, si quiero ser justo, con una mesura, discreción y esmero dignos de mí.

Antonio Azores. (Vitoria).—Cada trabajo —cuento, chiste, etc.— debe ir acompañado de un cupón de concursos. Así lo practican y deben practicar todos los Pinochistas.

David Marceite. (La Coruña).—Como tus dibujos me llegan, contra lo establecido, a lápiz, me veo en la precisión de rechazarlos. Y no creas que no lo siento, pues tus trabajos son, en su género, de una belleza extraordinaria.

¡Animo... y memoria!

Carmela Arévalo. (León).—Tampoco puedo publicar tu admirable historieta. ¡Qué pena, Carmencita! Pero ¡por qué, dime, no me la has remitido con un cupón de concurso?

Mándame, otra cosa y la publicaré inmediatamente.

Maria Teresa Gómez. (San Sebastián).—Tus dibujos que son, halando en verdad, insuperables, no pueden salir en mi Revista. Me lo mandas a lápiz, y ello es una dificultad —rendida, imposible de salvar. M.ª Teresa. Para otra ocasión... tinta negra.

PINOCHO

CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NUM. 32

El Pinochista D.

de años, y cuyas señas son

remite un trabajo para el Concurso de (1).

Fecha (Si es suscriptor, poner el número)

(1) Indicar el que sea de los nueve. Leer bien las condiciones: si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.

Boletines de votación para los Concursos correspondientes al mes de setiembre.

Problemas		Chistes ilustrados		Chistes sin ilustrar	
Sección A	Sección B	Sección A	Sección B	Sección A	Sección B
Núm.	Núm.	Núm.	Núm.	Núm.	Núm.
Cuentos		Dibujos		Historietas	
Sección A	Sección B	Sección A	Sección B	Sección A	Sección B
Núm.	Núm.	Núm.	Núm.	Núm.	Núm.

Pertencen a la **Sección A** los trabajos de Pinochistas menores de diez años; y a la **Sección B** los de mayores de diez años. El voto consistirá en poner en cada casilla el número correspondiente al trabajo que más guste de cada concurso entre los publicados en el mes. Deben enviarse bajo sobre a «Editorial Saturnino Calleja», S. A. *Votación de Concurso*. Apartado 447. Madrid.

¿SABEIS POR QUÉ?

¿POR QUÉ EL IMPERMEABLE NOS PRESERVA DEL AGUA?

Qué duda cabe que es el impermeable, entre las prendas de invierno, una de las más útiles. El impermeable está hecho de una substancia especial, que no deja pasar el agua.

Las demás telas, todas las que se emplean en trajes y vestidos, son porosas, es decir, tienen pequeños, diminutos agujeritos, por los cuales penetra el agua y la humedad.

A la manera de la esponja, un tejido corriente se deja penetrar, se empapa.

En cambio, un trozo de goma elástica, por ejemplo, como no es porosa, como no tiene agujeritos, no permite que el agua lo atraviese.

Pues bien: si cogemos un tejido corriente y cubrimos su superficie con goma elástica derretida, obtendremos la tela impermeable, propia para hacer impermeables.

El inventor de este procedimiento fué Mr. Mac Yutosh, y de él proviene el nombre de *mackintosh*, con lo que los ingleses y norteamericanos denominan el impermeable.

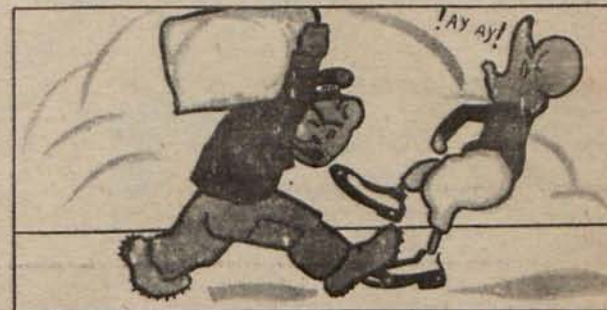
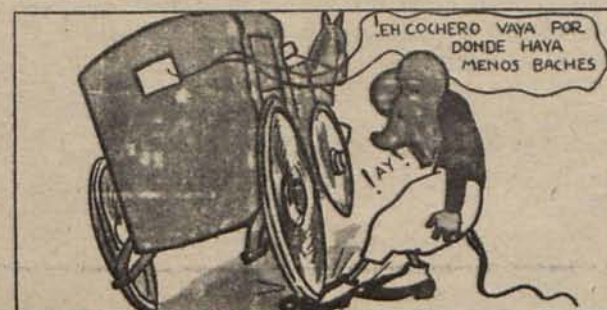
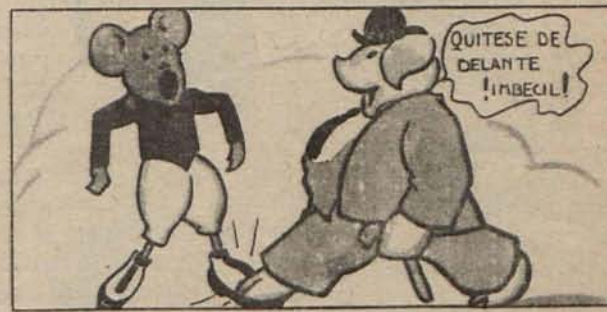
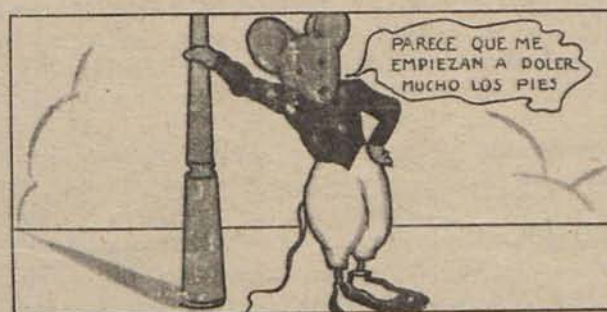
Observemos, pues, que en el impermeable intervienen dos elementos: animal el uno, vegetal el otro. De una parte, la lana; de otra, la goma.

También nuestra piel es impermeable. ¿Qué nos ocurriría, si no fuese así, cuando nos bañamos? Nos empaparíamos horriblemente y tendríamos que estrujarnos luego, como si fuéramos una esponja, para secarnos.

No hablemos de la utilidad del impermeable. A quien le haya sorprendido en plena calle, sin impermeable y sin paraguas, una fuerte lluvia, conoce perfectamente la utilidad de aquél, por experiencia.

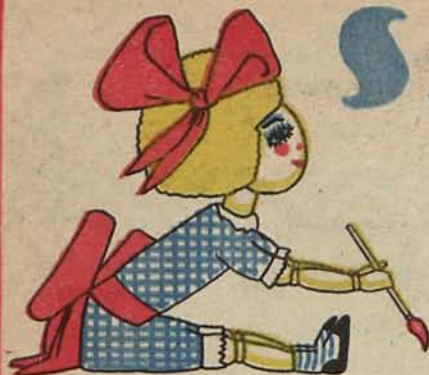


HAZANAS DEL RATON DON ROQUESSO



SECCIÓN PIRULA

PIRULA, BORDADORA



Pañuelos.— En cada una de nosotras dormita una coleccionista apasionada.

Y, vamos, comprendo al que co-

lecciona sellos de todos los países —aunque sólo fuera para aprender geografía fácilmente—, o monedas antiguas —sobre todo si son de oro—, o tarjetas postales —las hay preciosas—, o, desde luego, libros.

Pero, ¿querréis creer que en mis tiempos de azar tuve de compañera de vitrina a una damita de *biscuit* que de-

liraba por... ¡los billetes del metro!

A mí, confieso que una de mis pasiones son los *kirikis* del pelo; aquí, a PINOCHO, traigo siempre el mismo, pero tengo muchos y de todos los colores.

Por todos estos motivos, no me ha sorprendido nada el que una lectorcita mía me escriba declarándome su entusiasmo por los pañuelitos de bolsillo y

pidiéndome nuevos modelos que añadir a su colección.

Este género de colección es ciertamente uno de los más graciosos y razonables que existen, y de los que se prestan a mayor número de variaciones.

Además, me alegré al recibir la carta de mi encantadora comunicante, porque puede que sin ella no se me hubiera ocurrido idear modelitos de pañuelos para que vosotras los hagáis.

Y el hacer pañuelos, a parte de ser una cosa útil, necesaria siempre, bonita y divertida, es una de las labores más «agradecidas» que existen, porque se acaba pronto; y como, según me ha contado la pajarita Pifa, la paciencia y la constancia no son vuestras virtudes dominantes, pues es una labor que os conviene por todos conceptos.

A pesar de todas las fantasías al uso, sigo creyendo que no hay más bonito adorno para un pañuelo que el de un dobladillo con una vainica cuida-



dosamente hecha a mano. Esto mismo, sin embargo, se presta a bastante diversidad.

El pañuelo puede ser blanco, y el dobladillo de color, o lo contrario; también puede ser el pañuelo de un color y el dobladillo de otro. La vainica, en cualquiera de estos casos, puede hacerse en negro.

El tejido más adecuado es la batista de hilo; me parece de un gusto más depurado que la seda, incluso que el más hermoso de los crespones de China, que de algunos años a esta parte ha ganado un terreno considerable.

Sin embargo, lo mismo el hilo que la seda presentan en este caso un pequeño inconveniente: y es que sus hilos resultan algo engorrosos de «sacar».

En este sentido, el ideal es la vuela de algodón, menos elegante, por cierto, que los otros tejidos; pero más económica, y que también se utiliza mucho; ahora que, dada su extraordinaria transparencia, no sirve sino para hacer pañuelos... de adorno.

Cuando digo que para un pañuelo ninguna fantasía vale lo que una vainica bien hecha, esto no quita que en los de los niños resulte encantador algún que otro monito bordado en las esquinas, sobre todo en una sola.

A este efecto, os presento unos cuantos bichos estilizados, que seguramente tendrán la suerte de agradaos; resultarán muy bonitos bordados a realce y con los detalles —patas, ojos, alas, etcétera, etcétera...— y el contorno, a punto de cordón, en negro.

El contorno del gatito negro puede bordarse en el mismo color que su lazada y que el dobladillo del pañuelo en que vaya.

Y no sé por qué me sospecho que el gatito va a ser el primero que elijáis, sin perjuicio de bordar luego el perro, el pato, el loro, el pollito y el conejo hasta completar la media docena.

